

EL CURA BROCHERO: AUTORRETRATO EPISTOLAR (EL EVANGELIO ENCARNADO EN LA REALIDAD)

Pedro Trigo SJ *

ABSTRACT:

This article is about priest Brochero, a rural parish priest from Cordoba province and diocese, Argentina. He lived in the second part of XIX century and first years of the XX century (1840-1914). He was known for his commitment to civilization and for a style of participation in his works, according to Ignacian Exercises. He was deeply rooted on the reality, excluding any desire of power, just only concerned for his christian people. This profile comes from his letters, wich are now offered to the readers.

KEY WORDS:

Gospel, schools, ways, Spiritual Exercises, realities, capacity analsis, self-criticism, governance.

INTRODUCCIÓN

Este trabajo no lo ha escrito el cura Brochero; lo he escrito yo. En este sentido no es una autobiografía. Pero me he atrevido a titularlo autorretrato epistolar porque cuando comencé a leer las cartas de Brochero no conocía nada de él y hasta el día de hoy no he leído nada escrito por otros acerca de él. Por eso no tenía ninguna hipótesis sobre él, ninguna imagen preconcebida. Traté de

* Pedro Trigo, SJ, desde el año 1973 pertenece al Centro Gumilla. Es profesor de teología en el ITER de Caracas, Facultad de Teología de la UCAB, asociada a la UPS. Tiene numerosas publicaciones y escribe regularmente en varias revistas de pensamiento españolas y latinoamericanas, sobre todo en temas de teología. Además de ser profesor en los niveles de licenciatura y de postgrado en Teología Pastoral, Teología Espiritual y Teología Fundamental, es Director del Departamento de Investigaciones del ITER desde 1996. Acompaña a comunidades cristianas populares. Correo-e: trigodura@gmail.com

ponerme en una actitud perceptiva para recibir lo que el cura Brochero iba diciendo de sí, de manera que él mismo a través de ese dar cuenta de sí que son sus cartas, fuera componiendo su propia imagen. En este sentido es autobiografía. Y lo es porque no he contrastado su percepción con la de otros protagonistas. Me atengo en todo caso a su propia versión de los hechos y de su persona. En este sentido, creo que bastante denso y genuino, es autorretrato epistolar.

Lo subtítulo “el evangelio encarnado en la realidad” porque su voluntad de realidad, su honradez con la realidad y su empeño porque la realidad dé de sí, desde sí misma, estimulando sus dinamismos más genuinos, es lo que define su espiritualidad. Y menciono al evangelio porque él y no un cuerpo doctrinal eclesiástico es el que tiene la voz cantante. En este sentido me parece que él hace en su época y circunstancia local lo equivalente de lo que Jesús hizo en la suya. Jesús se autodefine como la luz del mundo y por eso afirma que “quien me sigue no caminará en tinieblas sino que tendrá la luz de la vida”. No se camina a la luz de una doctrina. Se sigue a una persona, un seguimiento espiritual: con el Espíritu de Jesús. Pues bien, la vida que sale de ese seguimiento es la que arroja luz y sentido. Lo primero es la vida en seguimiento y luego la luz: la luz sale de la vida; más aún, es la luz de la vida. Sin vida no hay luz, son puros conceptos vacíos.

El cura Brochero es un hombre de la Biblia; es muy significativo que poseía un ejemplar de la primera edición católica en castellano, y más concreto un hombre de los evangelios, por eso su insistencia en los Ejercicio Espirituales, que en su mayor parte son contemplaciones de la vida de Jesús para seguirlo: Pues bien, lo característico de él es que todo va saliendo de su seguimiento situado, de la pregunta de qué hacer para que aquellos de los que él tiene cuidado (siempre es el **cura** Brochero) tengan vida y vida en abundancia. La inscripción en la medalla que le dieron como homenaje cuando dejó el curato sintetiza esta tarea: “Evangelio, Escuelas Caminos”. El Evangelio es la inspiración de todo, su motor, un motor personal, una narración abierta, la relación con una persona que es la fuente de su identidad y de su vida. Las escuelas y los caminos, dos concreciones paradigmáticas.

Insisto en que conozco a Gabriel Brochero exclusivamente a través del estudio de sus cartas. Como se ve, es un análisis parcial. Sin embargo, tal como es el personaje, un hombre de una sola pieza, estimo que, aunque deje fuera muchísimos datos de su vida, la mayoría, e incluso aspectos enteros de él, este estudio sí puede darnos una imagen verídica, incluso muy significativa y fundamentalmente certera de su autor.

Hace años estuve casi tres lustros dando en la Universidad Católica Andrés Bello, de Caracas, un curso sobre Pensamiento Latinoamericano y sigo dando desde principios de los 80 Historia de la Iglesia en América Latina en la facultad de Teología y antes dediqué veinte años a crítica literaria latinoamericana, por lo que algo he podido contextualizar y sopesar las cartas.

El lector podrá notar que las cartas me han impresionado por su reciedumbre humana y densidad cristiana, y por eso forman parte de un curso sobre Maestros de Espiritualidad en América Latina en el postgrado de Teología Espiritual.

Espero que este trabajo sobre las cartas aproveche a quienes lo lean, como me han aprovechado a mí. Espero también que se vea lo apegada a la realidad que ha sido la decisión de canonizar a este cura, a este cristiano, tan medular, aunque tan poco convencional. No hace falta decir lo que me alegro de que haya sido reconocida su santidad y lo significativo que es que se proponga como modelo a un párroco tan poco convencional. En este sentido sí es cónsono con lo mejor del actual papa que, coincidentalmente, es también argentino.

I PROPEDEÚTICA Y PERSPECTIVA

1.1 CARTAS SOBRE GESTIONES

Como punto previo hay que hacer notar que estas cartas cubren sólo un aspecto de su actividad: lo relativo a gestiones, tanto de la parroquia a la que sirvió como cura párroco, como del colegio internado para muchachas que fundó, como, más aún, de asuntos relativos al progreso de las gentes de su curato, como también de asuntos personales. Bastantes son respuestas a peticiones burocráticas hechas por las instancias pertinentes; otras muchas, gestiones suyas ante las autoridades, los políticos o gente influyente, para obtener su respaldo para las obras emprendidas o para que se emprendieran; no pocas están dirigidas a los encargados de las obras y tocan asuntos relativos a su marcha; otras son saludos, noticias y encargos a familiares o amigos. Hay muy pocas relativas a la marcha del trabajo pastoral, tanto sobre la atención al centro parroquial o a las capellanías y la visita a los enfermos, como sobre la marcha de los Ejercicios Espirituales, que tanta importancia tuvieron en su vida.

En la medalla que le entregaron en un homenaje cuando dejó el curato para ir como canónigo a Córdoba, grabaron como síntesis de su ministerio: “Evangelio-Escuelas-Caminos”. En las cartas nos asomamos a la educación y sabemos mucho sobre la construcción de caminos y carreteras y, más aún, sobre el proyecto, que no llegó a culminar, del ramal de ferrocarril; pero casi no sabemos nada sobre la pastoral y prácticamente nada sobre los Ejercicios. Sí

hay un lote de cartas a los sucesivos obispos o a sus secretarios; unas tratan de asuntos administrativos, sobre todo, en relación a la construcción de una capilla, aunque bastantes se refieren a su gestión de párroco o su permanencia en la parroquia o renuncia a ella. Pero no tratan sobre su vida interior o sobre aspectos de dirección espiritual; sobre estos puntos sólo hay atisbos, aunque muy expresivos. Resulta más sorprendente aún que la mayoría de las cartas no contiene ninguna mención explícita de Dios ni de algo que pueda considerarse como evangelización explícita o espiritualidad cristiana, incluso bastantes de las dirigidas a amigos. Aunque, insisto, que las escuetas menciones son macizas y hacen ver que es un cristiano de cuerpo entero.

Por eso importa penetrar en su talante espiritual para comprender por qué un cura rural de un pueblo perdido en la sierra de Córdoba en la provincia más tradicional de Argentina de la segunda mitad del siglo XIX y de comienzos del XX, un cura además del que consta que fue un cristiano integral, es tan escueto en punto a religión en sus expresiones epistolares.

1.2 SENTIDO DE REALIDAD Y PRAXIS TRASFORMADORA DE LA REALIDAD

Lo más notable es que las cartas tratan de asuntos tocantes a la realidad. Y, más en concreto, a transformaciones superadoras de la realidad. Para él una parte fundamental de su ministerio es procurar que la gente tenga más vida y, para empezar, más elementos para vivir, que en ese caso eran caminos, carreteras y ferrocarriles, que hicieran posible sacar a las grandes ciudades los productos agrícolas perecibles, sin pérdida por el demasiado tiempo empleado y las malas condiciones del transporte, y a bajo costo, y de este modo activar la producción y con ello el nivel de vida de la gente, ayudando a la zona a salir de su pobreza franciscana, como dice tantas veces. También, y para lo mismo, procuró acequias para riego. Y, más aún, iglesias que agruparan en sitios adecuados a una población dispersa. Otro medio para incrementar la vida en el que intervino muy activamente fue la educación, sobre todo, de niñas, en la que podemos decir que fue pionero. Gasta muchísimo tiempo y energías en hacer las diligencias para lograr todo esto, tanto en conseguir colaboradores y dirigir los trabajos y, por supuesto, recabar el dinero necesario, como en animar a la gente y sostener el entusiasmo a lo largo de los procesos.

Es muy consecuente con los colaboradores, muy agradecido. También es muy realista y en las exposiciones de motivos trata de combinar la ayuda desinteresada a los demás con la procura del beneficio del propio colaborador. Para él el trabajo es algo muy grande y humanizador. Él conoce muy desde dentro el mundo de la producción, tanto agrícola como ganadera, y alude

frecuentemente a comparaciones, sobre todo, de animales domésticos, y como realiza sus viajes en mula o caballo, se refiere muchas veces a detalles de esa cultura.

Tiene una gran tenacidad en sus objetivos y sabe ponerse en el lugar de las personas con las que trata; por eso sus estilos epistolares son muy variados, desde lo más pintoresco a lo más formal, pasando por lo entrañablemente humano. Sin embargo, en las cartas va directo al grano, priva completamente lo denotativo, lo mostrativo y, cuando es necesario, lo descriptivo; los argumentos y los sentimientos van dirigidos también a patentizar la realidad y situarse proactivamente en ella. Aunque es gradual cuando busca comprometer a las personas. Sabe partir desde donde están, para llevarlas paso a paso a sus propuestas.

1.3 LA OBJETIVACIÓN EN LA REALIDAD DA LA MEDIDA DE SU ESPIRITUALIDAD

En la realidad se encuentra con los demás. La determinación de moverse en la realidad lo obliga a salir de sí o, por mejor decir, a dejarse a sí mismo y entregarse con los demás a la obra de provecho común. Eso es lo que lo agiganta. Le hace estar a la altura de la situación, lo lleva a encontrarse con las personas, a ver su lado dinámico y a estimularlo.

Esta actitud es la que le granjea la adhesión entusiasta de la gente de su curato, y la que lo saca de su pequeño reducto y lo lleva a la gente de influencia, a la prensa y hasta los representantes del gobierno provincial y nacional. Así llega a ser una persona literalmente importante: porque en efecto lleva en sí a todos, los intereses de todos y sus mismas personas, y los congrega para constituir un cuerpo social con los haberes de todos.

Está completamente implicado en lo que trata, por eso a veces da la impresión de que mueve a la gente como peones suyos. Creo que esto es así porque él mismo está entregado a la obra, que es de ellos, que es la obra social, la del conjunto humano que representa. La obra es para el caserío o el pueblo o la comarca o la región entera. Si él se beneficia en algo, es como un miembro más del conjunto humano al que va destinada la obra. Así lo percibe la gente. Por eso se prestan a lo que les pide de muy buena gana. Y aceptan que les presione. Es claro que él está en lo de ellos y es de ellos. Por eso el que tenga una estatura gigante no es para ellos motivo de recelo o envidia ni, menos aún, de sentirse disminuidos, porque su tamaño no los infantiliza ni empequeñece sino que los pone a valer. Es el significado literal de autoridad, derivado de *augere*, aumentar, hacer progresar.

Por eso él publica una y otra vez los nombres de los que han colaborado pecuniariamente o dando animales o trabajo, y agradece constantemente. Una de las últimas cosas que hace cuando ya está ciego es escribir para su publicación los nombres de los que, por ayudarle eficazmente a construir el colegio y la Casa de Ejercicios, merecen llamarse benefactores y son dignos de esta mención honrosa.

Otra muestra de su objetivación es la humildad con que reconoce sus yerros, sean por la manera áspera de decir las cosas, que puede herir, sea por error de apreciación. Muchas veces en sus cartas tiene autocríticas con toda sencillez y lealtad.

Otra muestra, mayor aún, es que cuando en una carta ha defendido algo contrario a su interlocutor con todo apasionamiento y de modo extremadamente tajante, concluye la carta diciendo que queda realmente a disposición del que a lo largo de la carta le ha estado diciendo que después de lo pasado no cuente con él. Y es verdad que queda a su disposición porque en cartas subsiguientes vemos cómo sigue a su servicio y en su amistad, como si no hubiera pasado nada.

También es muestra de objetivación la manera como se defiende cuando cree que ha sido malinterpretado, exponiendo pormenorizadamente los hechos y los argumentos, de manera que quede todo lo más claro posible.

No sólo él está en la realidad sino que también se esfuerza porque en lo que lleva a cabo esté presente y en bloque toda su realidad personal y no una parte de su ser, una tendencia autonomizada. Se echa de ver que en lo que hace se compromete por entero, se juega él mismo; y, por eso, se esfuerza en ser él, su persona, el que lo hace. La firma, el cura Brochero, está presente siempre, a lo largo de todo lo que escribe. Quien escribe, se relaciona, siente y actúa es el Cura, es decir, un párroco, y, en sentido literal, que en este caso es el que vale, el que cuida de sus feligreses como la actividad y la actitud que lo define; pero precisamente el cura Brochero. Nada de fragmentación postmoderna: está siempre de cuerpo entero, aun en lo que puede parecer más polémico o apasionado o caprichoso.

1.4 VALORACIÓN CRISTIANA DE SU ENTRAÑAMIENTO EN LA REALIDAD

Desde el espíritu del Vaticano II tenemos que recordar que lo natural no es la materia prima sobre la que se ejercita lo sobrenatural, que sería lo realmente valioso, según la doctrina y espiritualidad del proyecto de restauración de la cristiandad, vigente en tiempos de Brochero. Dios tiene un

único designio: llevar la creación a la plenitud de la humanidad de su Hijo. El cristianismo no es, pues, una esfera específica de la realidad, que sería la realmente valiosa, y que relegaría a las demás a un papel secundario. Jesús se ha encarnado en la vida histórica para llevarla a la plenitud, sanándola, rehabilitándola y llevándola a la dignidad de las hijas e hijos de Dios. El Salvador no es otro que el Creador y la salvación es la creación trascendida.

Por tanto, a Dios se lo encuentra en la realidad. La encarnación de su Hijo en ella es la expresión definitiva de su compromiso absoluto con ella. Quien dé por perdido el mundo y pretenda salvarse del mundo, tiene la actitud contraria a Jesús y su Dios y Padre. Por eso nunca se encontrará con ellos.

Por eso lo propio de un párroco no es concentrarse en el templo sino, como Jesús, buscar por todos medios que sus hermanos encomendados a él tengan vida y la tengan en abundancia. Y que la tengan a todos los niveles, empezando por los medios de vida y el trabajo; siguiendo porque lo hagan en su condición de sujetos y no de destinatarios de la dádiva de otro; prosiguiendo con la convivialidad y la cooperación; y culminando con el cultivo de la fraternidad de las hijas e hijos de Dios, ejercitando la confianza absoluta en él y la disponibilidad a sus designios, que no son otros que los dichos.

El cura Brochero, en la periferia del sistema (en las periferias existenciales, que son, según el papa Francisco, el lugar de la Iglesia y los cristianos), que es el lugar epistemológico más apto para auscultar los signos de los tiempos, fue capaz de asumir consecuentemente esta actitud y dirección vital y lo hizo con todo su ser, incluso con sus defectos, de los que fue consciente y que trató de superar o al menos de neutralizar, y a fondo.

1.4 UN VIRAJE HISTÓRICO RADICAL

Lo más polémico, sin duda, es su paso al radicalismo, que, por eso, exige un comentario. Comencemos por su actitud previa, que fue su actitud habitual. Al entonces gobernador de Córdoba y luego presidente y siempre discípulo y amigo del alma, le dice que en los meses antes de la elección presidencial no había querido verlo ni escribirlo porque toda Argentina sabía que él era el mayor partidario suyo. Antes le había dicho que por nada del mundo quería meterse en política, se sobreentendía que por su condición de cura. Por eso no quería verlo para que nadie dijera que estaba haciendo política y aprovechándose de él.

Sin embargo, discretamente, al pedir ayuda a las autoridades, de cualquier rango que ellas sean, siempre alude a que el conceder lo solicitado redundaría en la buena opinión que tendrían de quien lo da y, por tanto, de su gobierno y de

su prestigio como político. Es decir, que en sus relaciones con funcionarios y políticos siempre se atiene a la conveniencia objetiva de lo propuesto por él para los fines, de progreso y bienestar de los ciudadanos, proclamados por el gobierno y los partidos. Por eso nunca aparece favoreciendo a un partido como tal, es decir en cuanto agrupación particular, y sólo se refiere y muy indirectamente a ellos en cuanto que, al cumplir sus fines, obtendrán quien los sufrague.

Sin embargo, aunque nunca aparece en nada directamente partidista, sí puede ser percibido como que frecuenta el entorno de los prohombres de la región y que, en cierto modo, pertenece a ellos.

Por eso llama la atención que, cuando se percata de que no están interesados en el ramal de ferrocarril por Traslasierra, los abandone y se pase al radicalismo, a militar en él, aunque no tenga carnet ni ningún puesto. ¿Cómo interpretar esta doble novedad: que aparezca favoreciendo directamente intereses partidistas y precisamente los de un partido que por su radicalismo confeso era presentado como contrario a la religión y a los intereses de la Iglesia?

Creo que forma parte de la comprensión intuitiva que llegó a alcanzar el cura Brochero de que a principios del siglo XX el cristianismo debía abandonar a las élites tradicionales, así fueran las liberales, y aliarse con fuerzas que se propusieran de modo más directo y explícito el bien del pueblo, en el sentido específico de los de abajo. Por eso llega a escribir como apoyo de su postura que los jesuitas de Córdoba habían afirmado que lo cristiano estaba más representado en el ideario del radicalismo que en los demás partidos. Creo que ésta es la perspectiva de fondo, y que el tema del ramal de ferrocarril no es más que el hecho concreto que lo evidencia ante sus ojos.

Ahora bien, el tema concreto del ferrocarril sí es suficientemente sintomático como para que se convirtiera en el detonante de su cambio. Sus antiguas referencias, empezando por su amigo del alma Juárez, aunque de la provincia de Córdoba, no representaban sus intereses, sino los de la burguesía agropecuaria exportadora de Buenos Aires y su provincia y los de los financistas ingleses. Precisamente Juárez, estrechamente ligado a su concuñado Roca, fue a la presidencia con el programa, que cumplió, de privatizar los ferrocarriles y muy en concreto el del Oeste. ¿Cómo iba a patrocinar la construcción del ramal que patrocinaba Brochero como locomotora del despegue de esa región preterida?

Brochero representaba a los pobres laboriosos con posibilidades, no a los grandes intereses. Eso fue lo que por fin descubrió. Por eso repite machaconamente que ellos nunca llevarán a cabo ese ferrocarril. Por eso insiste

repetidamente a sus destinatarios que, si no quieren salir de su pobreza, sigan apoyándolos. Él ya estaba en otra cosa, en otro lado: había pasado la página de la historia y se encaminaba al mañana.

Me parece que un indicio fehaciente de su envergadura humana es que, a petición suya, cuando ya estaba ciego y leproso, Hipólito Yrigoyen, el líder radical, que llegaría a la presidencia dos años después de la muerte de Brochero, se entrevistara más de dos horas con él. De alguna manera el encuentro desborda el terreno de la campaña electoral y significa el encuentro de dos hombres que pensaban luchar con todo ahínco por el bien del pueblo, en el sentido muy específico de los de abajo, lo que implicaba un ascenso sustantivo en entidad propia, visibilidad social, capacidad de decisión, conciencia de su dignidad y su valía, más allá del clientelismo habitual.

En la realidad el radicalismo no significó más que sacar del poder a las élites tradicionales y moralizar y democratizar algo la vida política, sobre todo, con el voto secreto y universal efectivo y la escrupulosa administración pública, lo que no era desdeñable y significaba un aumento en la condición de sujeto del pueblo. Pero además Hipólito Yrigoyen encarnó este propósito con el apasionamiento de un apóstol de la justicia y la causa popular, que incluía a la patria y a toda la América Latina, desde un vago pero sincero cristianismo. Para Brochero tuvo que resultar claro que Yrigoyen era otro hombre, completamente distinto de los políticos que él había frecuentado y mucho más acorde con su propio liderazgo. Por eso apoyó la posible alternativa, siempre teniendo en mente la realidad de su zona y sus intereses de largo plazo.

Desde estas consideraciones de fondo, emprendamos ya el análisis de algunas cartas significativas.

II ANÁLISIS DE CARTAS SIGNIFICATIVAS¹

2.1 VOCACIÓN DISCERNIDA Y TRASCENDENTE

La vocación aparece en dos cartas, digamos, oficiales, en las que pide al obispo las órdenes, respectivamente las menores y las mayores (101-104). Las cartas se escriben con cuatro años de diferencia. En la primera tiene 22 años y en la segunda 26. En la primera asienta “que –habiéndome sentido desde mis más tiernos años inclinado al estado sacerdotal- he practicado medios conducentes a examinar mi vocación y a adquirir –en cuanto lo permitan mis fuerzas- la idoneidad que para tan santo estado se requiere” (101). En la

¹ EL CURA BROCHERO, *Cartas y sermones*. Conferencia Episcopal Argentina, Buenos Aires 1999

segunda pide ordenarse porque “he examinado nuevamente mi vocación y – permaneciendo firme en mi propósito de consagrarme al servicio de Dios Nuestro Señor y de su Santa Iglesia por medio de los órdenes mayores hasta el Presbiterado” (104).

El lenguaje es formal, digamos técnico, canónico, pero no, por eso, frío o retórico. A través de él tenemos acceso a un joven voluntarioso que sabe lo que quiere y lo quiere con seriedad, desde el fondo de su corazón. Por eso la carta no dice nada superfluo, pero tampoco deja de decir lo esencial y lo dice densamente. Ante todo, su inclinación al sacerdocio desde niño, pero también el examen de esa inclinación para ver si era de Dios y si tenía con qué llevarla adelante. Por eso añade que, en cuanto ha podido, se ha entregado a prepararse para llegar a ser idóneo, es decir, para adquirir la santidad y la preparación en estudio y destreza pastoral, que requiere el sacerdocio. Aparece en la carta una adolescencia unificada y dinamizada por esta determinación.

En la segunda carta es ya un hombre joven. Por eso, en la antesala de ese paso definitivo, le asegura al obispo que ha vuelto a examinar la solidez de su vocación y que se mantiene firme en su propósito de consagrarse a Dios. Pero esta vez añade dos notas que concretan la consagración: se trata de servir y el servicio a Dios como presbítero lo llevará a cabo en la Iglesia. Dice, pues, lo esencial y de modo convincente, es decir, que se ve que hay un sujeto que lo respalda.

2.2 AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR Y A DIOS LO QUE ES DE DIOS

Las cartas al jefe de la oficina de Estadística y al gobernador del episcopado (había fallecido el obispo) (107-113) son muy sintomáticas de los problemas de los gobiernos latinoamericanos del siglo XIX para cumplir su cometido como Estados modernos y de la necesidad de apoyarse en la institución eclesiástica, como institución consolidada que hasta ese momento ha cumplido bastantes de esas funciones.

La autoridad nueva del Estado, levantada sobre el consenso de una ciudadanía pluralista, no puede reconocer la solvencia de la institución eclesiástica, porque él se siente representante de la voluntad general, mientras que la institución eclesiástica representa sólo a una parte de la ciudadanía, así sea la abrumadora mayoría. Pero además reconocer que la institución eclesiástica está en capacidad de llevar con solvencia lo que el Estado debe llevar y no tiene ni organización ni recursos para hacerlo, le humilla. Por eso ordena a los párrocos, sabiendo que no tiene autoridad para hacerlo, que cumplan funciones que sabe no les competen. Pero además, sobre todo, en el

área rural, esas funciones implicaban papeleos burocráticos que con frecuencia los párrocos no tenían ni el tiempo ni los medios para hacerle la segunda al Estado.

El jefe de la oficina de Estadística acude, pues, al párroco Brochero para que le mande la estadística de todo el movimiento poblacional en el área de su parroquia, y, al manifestarle éste que no puede, se dirige al obispo para que se le ordene. El obispo le pide que colabore en lo que pueda, y él sigue alegando que, a causa de la dispersión de la población de su parroquia y de los pésimos caminos de la sierra, no tiene tiempo. Por eso vuelve a insistir al jefe de la oficina que les acata, tanto a él como al obispo, y que desea cumplir sus recomendaciones, pero que, como no le es posible hacerlo, le sugiere “que el fin deseado se consigue poniendo en mi Curato un encargado, a quien daré yo con la mayor prontitud los datos que estén a mi mano, y haré que los encargados de capilla hagan otro tanto” (110). El jefe responde airado que no se meta a darle órdenes y acude al gobernador que presiona al obispado, y el que rige la diócesis remite al cura una carta durísima exigiéndole que obedezca y colabore.

El cura responde manifestándole la penosa impresión “que mi alma ha recibido al ver consignados -en la nota de Su Señoría que contesto- conceptos bien duros que el cura de San Alberto no creía en sentido alguno haber merecido” (111). Le explica su correspondencia con el obispo fallecido a quien le propone la renuncia al curato “porque la carga que tales órdenes me imponen es insoportable y casi incompatible con los deberes del ministerio pastoral que ejerzo, atendida la topografía del curato de que estoy encargado” (id). El obispo le había respondido que no remitiese los datos pedidos. Pero el cura no se queda tranquilo. Como comprende la utilidad para el país de las estadísticas, le había ofrecido al jefe de la oficina enviárselas anualmente. Pero como esas estadísticas pedían más datos que los consignados en los libros parroquiales, le escribió al obispo preguntándole si los incluía. El obispo no le respondió, piensa él que por haberle eximido de enviarlos. Por eso, dice al encargado de la diócesis, que le dolió tanto su nota llamándole al cumplimiento de su deber. La correspondencia acaba con una carta al jefe de estadísticas, que le había escrito que no recibía ordenes de quien no tenía autoridad, en la que le avisa que no respondería más notas suyas porque “si el infrascrito cura no tiene tiempo para dar el lleno a los cargos pastorales, con mayor razón no tendrá tiempo para acusar recibo a las notas del Señor jefe de la Oficina” (113).

En el modo de tratar el asunto se ve el tono libre y directo del cura, que no quiere hacer del problema un asunto personal, pero que quiere dejar sentado que lo fundamental para él es llenar el oficio de cura, aunque comprende la posición del gobierno y está dispuesto a colaborar en lo que pueda. Es decir,

ante todo coloca su deber sagrado y después su colaboración patriótica, que se ve que estima en lo que se debe. Es importante que, después de asentar la distinción entre lo que es de obligación impostergable, que no está dispuesto a negociar ni siquiera con el obispo, y lo que es de devoción, intente creativamente componer ambas esferas, porque cree que la segunda no es ajena al bien de la gente, que es su objetivo como cura.

También respecto del gobernador eclesiástico el tono es de aceptar su autoridad, pero no menos de expresar sus motivos y justificar su conducta lo más razonablemente posible e incluso exponer su queja del modo más respetuoso y firme. Aparecen dos elementos mutuamente implicados: el sentido de realidad y la libertad espiritual. Están implicados porque la libertad que da el Espíritu se ejerce en la realidad y para edificarla. Aquí se trata, ante todo, de la realidad pastoral que le ha sido encomendada y, en segundo lugar, en cuanto sea compatible, la realidad de las obligaciones del Estado y su imposibilidad de atenderlas y por eso la conveniencia de ser ayudado. A Brochero le cuadra la máxima de Artigas: “con libertad ni ofendo ni temo”; aunque dada la manera autoritaria de ejercer los cargos en su época, sí podían sentirse ofendidos.

2.3 FRATERNIDAD PRESBITERAL DE UN BUEN PASTOR

El documento sobre las obligaciones del Cura Brochero con sus sacerdotes ayudantes y de éstos con el cura (117-119) es importante para conocer su estilo y su corazón.

Ante todo, pone por delante el ajuste económico: les da la tercera parte de las entradas del curato, menos el derecho de casamientos y primicias, además les da el estipendio de las misas y de los óleos; pero, sobre todo, “procurará que sus cosas sean también de los Ayudantes, esto es, verá de no reservarles nada de lo de él” (118). Se compromete a tenerlos tres meses, a no ser que no puedan entenderse. Si se entienden, se arreglarán por más tiempo, quizás por muchos años.

La primera obligación de los ayudantes será avisarle “lo que les parezca mal en el trato con ellos, o con los feligreses, o con las personas particulares, para enmendarse de dicho mal o darles la razón de su proceder” (id). La segunda, hacer junto con él un día de retiro al mes y confesarse cada semana. “El Cura les dará ejemplo en esa línea, confesándose ya con el uno ya con el otro, según esté éste o aquel más cerca de él” (id). Sobre el ministerio, deben ir a las capillas que les señale el cura por el tiempo que les indique; deben ir también a confesar enfermos y ayudarán al cura a confesar a los sanos; “pueden predicar cada vez que quieran y puedan, porque oyentes tendrán siempre” (119). Respecto del trato con la gente, que son gente campesina, asienta “que cuanto

sean más pecadores o más rudos o más inciviles mis feligreses, los han de tratar con más dulzura y amabilidad en el confesionario, en el púlpito y aun en el trato familiar. Y que, si encuentran algo digno de reto, se lo avisen al Cura para que él reprenda, a fin de que los feligreses no se resentian con los Ayudantes sino con el Cura, porque ya sabe él cómo los ha de retar” (118).

Lo primero de notar es el afán del cura Brochero de poner las cosas claras, tanto las económicas como los compromisos contraídos, para que las partes sepan a qué atenerse: es su afán de objetividad, de andar en la verdad, que hemos reconocido como la nota fundamental de su talante humano y espiritual. De este cuidado por no engañarse forma parte también el pedir que le digan lo que de su persona o conducta les parezca mal, tanto respecto de ellos, como en el trato pastoral, como en el más personal e íntimo. Él, por su parte, se muestra dispuesto a corregirse o a explicarles los motivos de su conducta, si la cree correcta.

En los pueblos tradicionales el respeto al cura llevaba ordinariamente a resentirse y escandalizarse de lo que se consideraba no digno de su estado y a comentarlo en privado, pero era muy difícil que alguien se animara a decírselo. Por el contrario, era normal que lo alabaran y agradecieran. Este modo de relación creaba una gran separación y soledad, que fácilmente degeneraba en irrealidad y deformaciones personales. Por eso tiene tanto sentido la petición de Brochero. A esto mismo contribuye el confesarse con ellos indistintamente. No sólo es un acto de humildad, sino de romper la imagen externa de autoridad que él podía proyectar; más aún, es un modo de involucrarlos en la corrección fraterna como responsabilidad contraída ante Dios, a quien representan como confesores.

También tiene que ver con el clima de claridad y libertad fraterna la anotación de que la relación proseguirá mientras “el Cura agrada a ellos y ellos agradan a él y a sus feligreses” (id). Expresa una gran delicadeza que lo primero sea el que ellos se sientan a gusto con el cura y en segundo lugar él con ellos, e incluso que la relación esté basada en el agrado mutuo y no deberes o presiones morales y, menos aún, en intereses. También es muy elocuente de que Brochero es personalmente Cura y que su función como párroco no es meramente algo profesional, el que no contemple la relación como algo que incumbe sólo a los presbíteros sino que el agrado de los feligreses sea también parte del termómetro que mide la idoneidad de la relación.

También forma parte de su sentido de realidad la preocupación de Brochero por la vida espiritual de sus curas con la prescripción del retiro mensual y la confesión semanal.

Lo segundo digno de destacar es la conciencia de su responsabilidad pastoral como cura a quien han encargado las almas de sus feligreses. Él tiene conciencia de que los curas jóvenes que vienen de la culta Córdoba pueden despreciar a sus feligreses de la sierra, tenidos como toscos, rudos y poco civilizados, y, por eso, pueden sentir la propensión a tratarlos también rudamente. En realidad es un trato paradójico porque el que trata así, él mismo se comporta según la condición que atribuye al otro. Por eso y, sobre todo, por su instinto evangélico, que lo lleva a considerar a los pobres como predilectos del Señor y especialmente encomendados a los que lo representan como pastores, él les urge a que los traten con amabilidad e incluso dulzura, tanto en público como en privado, tanto en el cumplimiento de su funciones sagradas como en el trato personal. Y más concretamente les prohíbe que riñan a la gente y les pide que, si notan algo digno de reprensión, se lo avisen a él. Ante todo para que él se lleve, si es caso, la odiosidad, y no ellos; pero, sobre todo, porque él, como buen pastor, los conoce por dentro y los quiere, y por eso sabe cómo decirles las cosas sin humillarlos ni ofenderlos.

2.4 EN BUSCA DE LA OVEJA PERDIDA

Es la carta a un montonero, Santos Guayama, proponiéndole verse (120-121).

Los montoneros actuaron en la guerra de los federales contra los unitarios. Cuando, después de Rosas, representante de la Argentina del interior, tradicional, arraigada y atrasada, comenzó de hecho a imponerse la sensibilidad, la lógica y la política unitaria, con Buenos Aires como polo de atracción e Inglaterra como influencia decisiva, unos cuantos montoneros volvieron a alzarse, ahora como síntoma del interior preterido y no como alternativa viable. Eran, como lo expresa Martín Fierro, los que ya no tenían lugar en la Argentina modernizante que se levantaba. No tenían futuro y, por eso, sus incursiones eran infecundas y daban la razón a sus enemigos. La zamba de Felipe Varela plasmaría folklóricamente la versión de los triunfadores. Pero los montoneros expresaban que lo que se levantaba no era ecuménico sino que se alzaba sobre el exterminio de los indígenas y el arrinconamiento y la falta de oportunidades de los antiguos hombres de a caballo. Es la versión, por ejemplo, del propio Varela en su manifiesto: “el monopolio de los tesoros públicos y la absorción de las rentas provinciales vinieron a ser el patrimonio de los porteños, condenando al provinciano a cederles hasta el pan que reservara para sus hijos. Ser porteño, es ser ciudadano exclusivista; y ser provinciano, es ser mendigo sin patria, sin libertad, sin derechos. Esta es la política del Gobierno Mitre” (6/12/1866).

Una muestra excepcional de que el ministerio de Brochero, tan progresista, era, sin embargo, trascendente y no una mera expresión del orden establecido, es su solicitud por este montonero, a quien trata desde dentro, con toda consideración y respeto, desde su propia sensibilidad y cultura.

Comienza llamándolo “mi amigo” y lo saluda como si lo tuviera presente, como se saludan con una retórica, no por acostumbrada menos expresiva, las personas tradicionales que expresan en la fórmula a la vez afecto y deferencia: “Por ésta tengo el gusto de saludarlo por segunda vez, deseándole toda felicidad. Yo quedo bueno, gracias a Dios” (120). Esta introducción hace que la carta se mueva en el terreno tranquilo y confiable de la cotidianidad. No es una carta de un representante oficial de una institución establecida, con la que de algún modo el montonero ha roto. Es la misiva de un amigo que habla el lenguaje llano, afectuoso, pero también respetuoso, de los amigos adultos.

La carta tiene tres partes: en la primera le ofrece su amistad con la confianza de que va a ser correspondido. En la segunda le recuerda el presente que le envió con su retrato y le envía otro con el portador de la misiva. En la tercera le propone una entrevista.

Como hemos anotado que es su costumbre, la carta es progresiva. El propósito de la carta sólo al final puede ser propuesto con pleno sentido y con posibilidades de ser aceptado. El sentido de realidad de Brochero se ejercita en anudar paso a paso, con toda delicadeza, esa relación que tanto anhela. Por eso a lo largo de toda la carta le insiste en que él es el que tiene interés en ser amigo suyo y reunirse con él. No es el domador que quiere enlazar al caballo cimarrón. Ni el predicador que le está arrojando como un ultimátum la última tabla de salvación al reo que, si no la acepta, se precipitará irremediamente al infierno. De ningún modo. Brochero es una persona que es capaz de pensar positivamente de Guayama, que lo ve con buenos ojos, y que, por eso, lo trata con dignidad y respeto.

Los montoneros viven en el desierto y desde allí hacen incursiones que provocan destrucción, saqueo y muerte (como canta de Felipe Varela la zamba, a la que hemos aludido, que lleva su nombre). Viven entre ellos, entre ellos se estiman y consideran. Pero, aunque tienen simpatizantes y cómplices, los otros son los enemigos, los que los temen y desprecian como a bandidos. Brochero no vive en el desierto con ellos, vive en el mundo de los otros; por eso tiene que hacerle ver que no es como ellos. Él no está en uno de los bandos, sino más allá o mejor más adentro. Él quiere eficazmente que no haya bandos, que se solucione el problema, que Argentina pueda desarrollarse sin esos costos personales y sociales, que son verdaderos estigmas que desacreditan a lo que se viene llamando civilización. Esa actitud trascendente de Brochero es la que

dicta su estilo. Un estilo que no puede no impactar a un hombre, en definitiva, tan solo y acorralado.

Muy del gusto de ese ambiente tan igualitario, Brochero, al ofrecer su amistad, se rebaja para hacer sitio al otro: “El otro día le escribí una carta por la que le ofrecía mi inútil amistad, y no dudo, ni he dudado que Usted me ha admitido ya entre sus amigos” (120). Es una amistad gratuita, que no enfeuda a nadie. Brochero no viene avasallando ni perdonando la vida: su amistad no le va a reportar ventajas al montonero. Es un ofrecimiento desinteresado y lleno de confianza a un corazón noble y abierto. Además lo halaga, al suponer que tiene muchos amigos. Él va a ser sólo uno más entre ellos.

En la parte segunda aparece el cura, pero como portador del catolicismo popular, no de ofertas y menos aún de normas institucionales: “En la anterior le mandaba una medalla, enriquecida con muchas indulgencias, para que la cargase en su cuello (...) le prometía un Santo Cristo para que tenga al pecho, pero como el portador, Manuel Castillo, va personalmente a verse con Usted, no he querido demorarle una prenda tan preciosa, como es el Santo Cristo, por eso se lo remito con el Señor Castillo” (id). Un medalla y un Cristo, dos fuentes sagradas de protección, tan necesarias en un oficio que requiere jugarse la vida, en una existencia tan azarosa, tan amenazada, que su cabeza ha sido puesta a precio y está sentenciado a muerte.

Pero no son sólo dos regalos preciosos. Viniendo de un cura, son, más aún, prendas de que Dios no lo ha dejado de su mano, no lo da por perdido. Son verdaderamente un puente de salvación. Más aún, el que se los entregue un cura significa que él es digno de llevarlos consigo, que es un hijo de esa Madre amorosa que desde la medalla lo sigue amando y velando por él; significa que Jesucristo ha dado la vida por él en la cruz y no quiere que esa sangre se haya derramado en vano. Los dones de Brochero son, en verdad, los que más podía estimar el montonero: una fuente de esperanza y dignificación. Y por eso, un lazo bien firme de amistad.

Ya está todo preparado para la tercera parte, que es el objetivo de la carta: “Don Santos: Son tantos los deseos que tengo de verlo y estrecharlo entre mis brazos que los días me parecen años. ¡Ojalá Dios me hiciera el favor de proporcionarme los medios de verlo en la expedición que haré a los llanos de La Rioja!” (121). Naturalmente que es Guayama el que tiene que proporcionarle la entrevista. Pero para Brochero ese encuentro es cosa de Dios, por eso va a ser su Providencia el que lo concierte. Es una tremenda propuesta: la entrevista no es un asunto meramente humano; Dios está por medio, es él quien la va a propiciar. Por eso el montonero no tiene que tener recelo. Y como mediación de que Brochero se pone en manos de Dios, se pone en manos del montonero. Le

da el nombre de un amigo del montonero para que concierte con él la entrevista donde quiera. Brochero entra confiado a su terreno, esperando que Guayama confíe también. Para que no sospeche que en el viaje hay gato encerrado, le comunica que estará ocho días en los llanos porque va a juntar una tropilla que le han regalado para la Casa de Ejercicios, para un objetivo sagrado, por eso dice “que han dado a San Ignacio de Loyola” (id).

Para que lo reconozca el montonero y no menos sus amigos, como salvoconducto, pues, para internarse por esas soledades, le envía un retrato suyo, que es también como entregarse él mismo, literalmente ponerse en sus manos.

¿Le falta algo a la carta para ser la carta del Buen Pastor que pone todo su empeño y amor en buscar la oveja perdida, que no la reconviene sino que la trata con todo cariño y respeto?

2.5 AMISTAD PRESBITERAL Y GRANDEZA DE ALMA

La carta al párroco de un pueblo aledaño, del que había sido antes cura y que había administrado hasta que llegó ese párroco, con motivo de la negativa que recibe de casar a una pareja en el territorio de él, es un documento impresionante que revela la fibra humana y cristiana de Brochero (137-138). La carta es muy corta y está escrita en el mismo instante en que suceden los hechos. La carta, como acostumbra Brochero en toda su correspondencia, los cuenta escuetamente: Llega a las ocho de la noche a un caserío y, antes de que se baje de la mula, recibe la comunicación escrita de parte del cura negándole la licencia para casar en su territorio. Como se trataba de regularizar una situación y, por eso, de una boda sin publicidad, en ese mismo momento tuvieron que partir los novios y toda la comitiva para casarse en la madrugada en el territorio de Brochero.

La carta comienza dirigiéndose a él como amigo, aunque el otro lo ha tratado con distancia, y le asegura que lo será siempre: “Amigo mío: Aunque Usted me trate con tanta etiqueta, sin embargo yo lo trato –y lo he de tratar– como siempre, dándole el dulce título de amigo, porque lo soy –y lo seré siempre– amigo de Usted” (137). Seguidamente da cuenta del hecho, le recuerda las licencias que mutuamente se habían dado cuando le entregó la parroquia, le comunica que en el acto se va a la suya después de escribir la carta, no sin antes reiterarle que él sí le mantiene al párroco que se la niega, la facultad acordada: “Amigo: Yo le confirmo hoy nuevamente la facultad de ejercer en mi Curato todo acto en el cual no se requiera la jurisdicción para lo válido, y pienso no retirársela mientras yo sea Cura de San Alberto. Por lo que dejo expuesto, comprenderá mi querido compañero Campmany, que no lo considero como

pantalla ni poste en el Curato de San Javier./ Sin más, su amigo que verlo desea” (138).

La situación tuvo que ser violentísima, tanto para el cura como para los novios y los invitados. Brochero la describe, sin embargo, sin ningún adjetivo. En esa circunstancia tuvo que sentirse internamente muy agitado, contrariado e incluso conmocionado, viendo cómo su autoridad era negada, lo que suponía un gran desaire frente a los novios e invitados. El que estando así, en caliente, comience la carta llamándolo amigo mío e insistiendo en que le da ese título tan dulce porque en efecto lo es y lo seguirá siendo siempre, y el que concluya la carta diciendo a su amigo que desea verlo, indica una libertad interior verdaderamente liberada y una entereza nada común. Revela que está internamente unificado, que sus actos proceden no de impulsos autonomizados sino de su corazón, de la raíz de su existencia.

La palabra dulce no sale fácilmente de su boca, por eso el que la escriba precisamente en ese momento expresa una determinación personal que transforma en dulce lo amargo que está recibiendo de él. Del mismo modo el deseo que manifiesta de verlo no es el deseo de su sensibilidad sino el de su corazón que se sobrepone a ella. El que en el momento en que inopinadamente él ve desairadas sus expectativas, él reitera al otro la confirmación de la facultad que le es negada y que le asegure que no se la retirará nunca, indica hasta dónde puede llegar la libertad espiritual, que es creadora, constructiva, capaz de tender puentes cuando éstos son volados, porque nace de sí misma y no es meramente reactiva. Mantener el sí al otro en presencia de su no, es ser discípulo del que es el sí de Dios y que por eso no puede negarnos cuando lo negamos. Es vencer, como el Maestro, el mal a fuerza de bien.

Como se ve, Brochero no hace consideraciones piadosas. Manifiesta su cristianismo en la praxis espiritual (obediencia al Espíritu que mueve desde más adentro que lo íntimo nuestro) que revela, construyéndola, la calidad de su humanidad.

En la carta subsiguiente al rector del seminario (138-140), que le quiso siempre mucho a Brochero y fue también el que propuso al obispo a Campmany para el curato, explana lo que había pasado antes, como antecedente que pudo impulsar a Campmany para negarle la autorización, y lo que pasó después. Incluso le adjunta la copia de la carta que había escrito a Campmany.

Como no quiere que las cosas se queden así, se dirige al personaje que puede servir de mediador y arreglar la relación: “Rector: Voy a contarle lo que pasa con Campmany para que provea la armonía de él conmigo, que yo siempre la tengo y tendré con él” (138). Como es su costumbre describe los antecedentes y el incidente con toda honradez. Y pide que le escriba al cura: “quiero que

escriba a Campmany que no sea tan niño, que no se desprestigie ante sus feligreses, que no me vuelva a dar órdenes tan secas, ni golpes de esos” (141). Primero quiere que cambie porque eso es bueno para él, porque forma parte de su crecimiento personal y contribuye a edificar una verdadera autoridad con sus feligreses. Luego se refiere a sí mismo: que no le vuelva a dar golpes como ése. Las dos expresiones, golpes y ordenes secas, expresan lo hondamente que ha sido afectado Brochero. Indica una gran sobriedad y delicadeza que esto no se lo exponga directamente al cura sino a la persona mayor que tiene autoridad y puede comprender su dolor y remediar el problema. Porque el objetivo de la carta no es desahogarse ni hacer valer su razón; de lo que se trata es de remediar el problema, de componer la relación.

2.6 AUTOCRÍTICA ANTE LAS REACCIONES A SU RENUNCIA POR BLOQUEO INTERIOR ANTE LO DESMESURADO DE LAS RESPONSABILIDADES Y LA TRISTEZA DE NO ENCONTRAR AYUDA

Tres cartas, al Vicario de la diócesis, a unos parroquianos y al director de un periódico (192-195) en torno a su renuncia al curato para dedicarse a concluir el colegio y la casa de Ejercicios, expresan sus preferencias, su visión de los curas jóvenes y su carácter.

Así expresa el motivo de renunciar al curato: “Doloroso es para el infrascrito abandonarlo, pero como no tiene méritos ante los clérigos que le pudieran ayudar a servir el Curato y acabar los Establecimientos de educación científica y religiosa, se ve en la dura necesidad de renunciar al Curato, para atender dichas obras/ Hay otra razón, Señor, para que tome esta resolución el infrascrito, y es que Usted hallará 10 sacerdotes para Curas de San Alberto, y no hallará dos para darle de Ayudantes al infrascrito. El infrascrito cree que los sacerdotes se fundan en el adagio que dice: ‘más vale ser cabeza de ratón que no cola de león’” (192).

Hay que creer a Brochero cuando habla del dolor de la renuncia. Él se siente comprometido con la gente y su progreso espiritual y material, que para él forma una unidad de la que se siente responsable. Pero, precisamente por eso, cree que es más provechoso para ellos que él se dedique a crear instituciones que lo promuevan de manera institucionalizada y, por eso, permanente. A eso van los colegios, tanto el de niñas, que está concluyendo, como el de varones, que proyecta, como la Casa de Ejercicios y la posibilidad que tiene en mente de traer una comunidad de religiosos para atenderla.

La despedida de una carta al gobernador de la provincia, condiscípulo y amigo, expresa elocuentemente su actitud: “Dispénsame de ser tan largo y lo

mucho que te pido, porque la necesidad me obliga, o sea el deseo de adelantar nuestros pobres lugares” (188). El grado de identificación con la gente es tan grande que es lo mismo decir la necesidad me obliga que el deseo de ayudar al progreso de los pueblos a él encomendados. Por eso, esos pueblos no son sólo destinatarios de sus desvelos sino nuestros pobre lugares, en los que se incluye como vecino. Por eso, la dura necesidad de renunciar no es para dedicarse a asuntos privados sino al mayor bien de sus feligreses.

Pero lo que le da mayor dolor es que de suyo las dos tareas serían compatibles, si contara con un cura dispuesto a ayudarlo. Pero los curas quieren tener su propio feudo, quieren mandar, y no están dispuestos a colaborar con una obra que no es ni suya ni del cura sino del pueblo al que se sirve. Ellos vienen con esa idea y él carece de autoridad, de liderazgo, para que acepten internamente la propuesta de colaborar al bien común y más permanente. Como él piensa que ésa es la disposición del clero, cree que es mucho más fácil que el encargado de la diócesis encuentre un párroco sustituto que un ayudante convencido e idóneo.

Por eso, en carta a unos parroquianos que hacían diligencias para que su renuncia no fuera aceptada, les expresa que no cuenten con su beneplácito para ese empeño, porque la renuncia ya ha sido aceptada. Más aún, tratándose de una renuncia presentada en forma tan tajante y descortés. Sin embargo les vuelve a reafirmar su compromiso con ellos: “les vuelvo a prometer ahora que o he de dejar los huesos en Ustedes o he de coronar las obras que han sido ocasión de mi descortés renuncia” (193).

Estando así las cosas, es decir, ya aceptada su renuncia y nombrado el nuevo párroco (aunque por los oficios del gobernador se revocó la medida), habían publicado varios escritos en un periódico contra el gobernador de la diócesis. Él le escribe al director, que había sido su condiscípulo, una nota para ser publicada en la que le pide que, por favor, no publique nada contra el Vicario ni en alabanza suya. Porque, le reitera, si hay alguna culpa en este asunto, es sólo suya: “Le confieso que he sido muy descortés en los términos de mi renuncia. El Señor Provisor ha tenido demasiada razón para admitírmela, y le prevengo que tres veces seguidas renuncié en menos de quince días, y cada vez ha sido con grande insolencia, porque me parecía que estaba colocado en dos extremos, a saber: o renunciar al Curato o dejar sin terminar las obras que tengo entre manos./ En fin, la razón de las razones del asunto, es que no sé meditar las cosas y soy grosero en mi estilo” (194)

La primera cosa que quiero notar es lo último que dice, que él llama la razón de las razones, es decir su motivo de fondo, que es la angustia que sentía por no poder salir airoso en sus compromisos, que llegó a ser tan grande que lo

bloqueó. El malestar que sentía consigo por no poder estar a la altura de la situación, y también la decepción por no encontrar ayudantes para una obra tan apostólica, lo llevan a desligarse de una de las obligaciones contraídas, de modo tan tajante e irrevocable, que inhibe la posibilidad de que el Vicario de la diócesis se asocie a buscar con él alguna solución.

Por eso, lo segundo que hay que notar es su profunda humildad: él no debe ser alabado por sus méritos anteriores porque en este caso lo que se ha evidenciado es su incapacidad para manejar el asunto, y, menos aún, debe ser vituperado el Vicario sino que, por el contrario, merece alabanza por la paciencia y moderación con que se ha conducido. Se echa de ver un celo sincero por el honor de los demás.

El fondo de la cuestión es su determinación de inclinarse ante la realidad para hacerla justicia, aunque tenga que acusarse públicamente. Ahí está, insistimos, el quicio de su espiritualidad. Precisamente el impasse es provocado por no poder compatibilizar su servicio como párroco y su compromiso con las obras que, como tal, ha emprendido.

2.7 HASTA EN LA EXPANSIÓN ÍNTIMA, EL MALHUMOR POR LA CONTRARIEDAD SE COMPONE CON LA OBJETIVIDAD ARGUMENTAL

La carta está dirigida a Juárez, su condiscípulo y entrañable amigo, por entonces senador nacional por Córdoba, y su objetivo es que influya para que se revoque la aplicación para su departamento de la ley que acaba de salir, de cambio de límites de departamentos (198-201).

Brochero estima que el cambio se ha efectuado viendo únicamente el mapa y sin conocimiento de la realidad poblacional y económica de la zona. Según la modificación se le quita a San Alberto (el departamento en que está enclavada su parroquia, cuyos límites se equiparan) lo más rico, y la municipalidad queda en la ruina, incapaz de autofinanciarse. Obviamente, lo mismo pasa con su parroquia. En concreto él se queda sin contribuyentes para las dos obras que está construyendo.

Recordemos lo angustiado que estaba por entonces porque sentía que no podía llevar la parroquia y concluir a la vez las obras. Esa medida gubernamental es la gota que derrama el vaso: "Yo te garanto que me he quedado sin ánimo para nada, y es tanto mi desaliento que ya tengo resuelto irme a morir en el Río 1°, y ser enterrado en el sepulcro de mis padres" (201). Por eso le pide que haga corregir estos desafueros "para que yo no me vea obligado a renunciar indeclinablemente" (id).

Después de haber abundado en datos de la realidad, que hacen ver el error gruesísimo del Departamento Topográfico, que asegura sin conocimiento de la zona que la redistribución es equitativa, y de la repercusión, tanto para la municipalidad, que no será ya viable, como para él, que se quedará con las obras inacabadas, entra, como de paso pero decididamente, en el terreno político. Él cree en la buena fe de los técnicos, pero asegura que parecería la labor de un enemigo político, porque con la división perjudica a todos los que apoyan a su interlocutor. Por eso, junto con su renuncia, irán también, le dice, “la del Jefe Político, y la de todos los hombres que te pertenecen” (201).

Le dice que maneje con reserva la carta por estos últimos datos, porque los ha dado por amistad y, sin embargo, “pueden interpretar que yo me meto en política cuando –por el contrario- dejaré perder todo, todo antes que injerirme en ella” (id).

Del estado de ánimo de Brochero es prueba fehaciente que pone cinco veces el verbo joder, expresión coloquial, ciertamente fuerte, malsonante, que supone un estado de ánimo muy alterado y que se refiere a una jugada sucia y fea en su contra, expresión que en toda la correspondencia que conocemos no utiliza ni quince veces y en contextos que suavizan el significado. Se jode, dice, el Cura (199), ha jodido al Cura (200), se jodan las obras (201), se jodan nuestros sudores (id) y se jode todo lo que has adelantado tú y yo (200). Como se puede apreciar, parece un hombre que ve a punto de derrumbarse todos sus sudores. Por eso el impulso que siente es desaparecer del lugar y descansar, por fin, donde nació con sus padres muertos. Pero se agarra a su amigo para que se enmiende el error y pueda proseguir.

La carta es un grito de socorro y una tabla de salvación. Pero, aunque el tono sea tan patético, en el fondo late la esperanza confiada de que se subsanará el error. Ahora bien, en ese estado de ánimo, Brochero no pierde la capacidad de razonar. Como siempre, expone los datos objetivos, para que se vea la justicia de su causa, además del inconveniente que tiene para la carrera política de su amigo y de lo mucho que le perjudica a él. Hemos insistido que el sentido de realidad y la orientación a trasformarla superadoramente dan la medida de su espiritualidad. Esta carta es una muestra fehaciente ya que liga su vida a sus obras.

Podía argüirse que la carta expresa más bien falta de confianza en Dios. Pero no es así porque la carta se mueve en el terreno de los medios y no de los fines. No es que lo que expresa sea una mera táctica para conseguir que su amigo lo apoye. Él dice lo que siente, pero no el querer de fondo de su corazón. Claro que el exponer el tono de su sentir va a ayudar a que su amigo intervenga, lo mismo que el hacer ver que en ello se juega también su propia conveniencia

política. Pero eso no es ilegítimo porque hay argumentos objetivos que piden que lo haga, que en abstracto son suficientes para que se mueva, pero que, como el asunto incumbe a una zona periférica, debe recibir apoyos suplementarios para que se decida a actuar. De este modo hasta el dar rienda suelta broncamente a su contrariedad, sirve para una causa que lo amerita. En este sentido no es desordenado.

2.8 ELOGIO DE LA MADRE

Una carta de pésame, realmente sentida y cristiana, aunque, como siempre, sobria (210).

En primer lugar expresa su pesar por no haberla acompañado en sus últimos momentos: “he sentido mucho no haber sabido que mi madre (Rita) no mejoraba, para hacer a un lado todos los compromisos que tenía y visitarla en su última enfermedad”. Luego afirma que cuando supo su muerte, “en vez de irme a estar con Ustedes llorando, si no con los ojos al menos con el corazón, me volví al Tránsito, para hacer un funeral por el descanso eterno de la finada”. Afirma que lo hizo “con la mayor solemnidad que pude” y asegura que “con él apenas habré pagado uno de los 1.000 cariños maternos que ella me dispensó desde el día que me conoció”. Concluye diciendo que “para consuelo de Ustedes les recordaré lo que Ustedes saben mejor que yo: que ella era una santa, que ha ido derecho a la gloria, y que era otra madre mía que me engendró con sus bondades y virtudes”. Se despide hasta la semana siguiente.

Quisiera destacar, ante todo, la relación que tuvo con la difunta. La llama por dos veces su madre, se refiere en concreto a sus cariños maternos, y la metáfora sube a la categoría de símbolo al llamarla madre porque lo engendró con sus bondades y virtudes. Lo engendró, pues, como ser cualitativamente humano y cristiano, contribuyó eficazmente a que creciera en sustancia humana. Hay que recordar que en ninguna carta llama a nadie su madre, más aún, teniendo en cuenta que su madre carnal estaba todavía viva. La carta encierra un hondo reconocimiento.

Es interesante su reacción al enterarse de su muerte: en vez de ir a llorar con la familia de la difunta, lo que se le ocurre que él podía hacer de modo más personal como homenaje es llegar hasta su parroquia y celebrar por ella la misa lo más solemne que puede. Como se ve, su identidad más honda es la de sacerdote: por eso prefiere decir la misa por ella, aunque no esté con los deudos, que acompañarlos sin decir la misa. Se entiende que la misa la diría el párroco de su parroquia y en ese tiempo no existía la concelebración.

Y, sin embargo, es tan alta la consideración que tiene de lo que ella hizo por él, que estima que con ese funeral tan solemne no ha pagado ni un uno por mil de lo que le debe. Creo que en todo el epistolario sólo de ella dice que era una santa que ha ido derecho a la gloria. En aquel tiempo se tomaba muy en serio el purgatorio: por eso, la proliferación no sólo de las misas de difuntos sino de las indulgencias, que se contaban por meses y años. En ese ambiente decir que iría directa a la gloria era decir que no tenía nada que purificar, que estaba limpia de todo rastro de pecado y eso era, en efecto, poco menos que decir que era santa.

2.9 NO VALE PARA OBISPO

El telegrama a un caballero influyente de Córdoba, que estaba proponiendo su nombre en la terna para obispo de Córdoba, refleja el temple espiritual, el sentido de realidad y su modo directo de sentir y reaccionar (213): “Agradezco voluntad suya, no felicitación. Es deshonor para Córdoba figure Brochero en terna. Soy idiota, sin tino, sin virtudes. Influya no aparezca en terna”.

Brochero agradece la voluntad del caballero, los buenos ojos con que lo mira. Pero no lo felicita por su iniciativa. Por el contrario, le pide resueltamente que influya para que no aparezca en la terna. Por el contexto esta petición no tiene nada de retórica. Habla de sí en tales términos que lo único sensato es retirar su candidatura. ¿Y qué dice? Tres observaciones de diverso orden, que se complementan.

Lo primero, que es idiota. No se refiere obviamente Brochero al sentido literal de la palabra, que significa atenido a lo particular y desentendido e incapaz de dedicarse a los asuntos públicos, al bien común, al interés de la ciudad. En esta acepción etimológica Brochero no tiene nada de idiota. Por el contrario, hemos insistido que su inmersión en la realidad para trasformarla superadoramente con la participación de los afectados, da la medida de su espiritualidad y de la trascendencia de su persona. Se refiere a idiota en el sentido de iletrado e incapaz de entender. Lo que quiere decir es que para regir la diócesis de la culta Córdoba, culta en el sentido convencional de instruida, es decir, cultivada en saberes tradicionales y refinamientos, no es apto un individuo que habla como un campesino sin pulimientos, yendo directo al grano, y que vive en la realidad cotidiana de la vida y no se preocupa de libros ni de elaboraciones exquisitas.

Hay que decir que, por lo que se echa de ver en la meditación de Las Dos Banderas y la de la Resurrección, sí tenía su erudición y manejaba la retórica clerical al uso. Pero había tomado otro camino que lo había ido configurando: el

camino se lo marcó la misión en esas regiones campesinas tan apartadas. Y aunque él se había destacado por su empeño civilizador para lograr el progreso integral de esas comarcas tan montañosas y a desmano, y por ese empeño se había dado a conocer hasta hacerse famoso, sin embargo para empujar el carro de Traslasierra se había encarnado completamente en esa región asumiendo el imaginario y las costumbres, más aún, el tono vital, el habla, el horizonte, el mundo de sus habitantes. Él no valía para obispo de una ciudad antigua, orgullosa de sus linajes, de sus tradiciones y su cultura y saber.

En segundo lugar él dice de sí que no tiene tino. Le faltaría, pues, esta cualidad de la prudencia, tan necesaria para gobernar. En varias cartas insiste en ese defecto suyo, que, según su apreciación, contribuye para que, a veces, se frustren proyectos o campañas que en sí son justas y acertadas.

¿Es objetiva su apreciación? Hemos destacado cómo su estilo epistolar es extremadamente versátil según sus corresponsales y cómo parte de la situación de ellos para desde ella encaminarlos hacia su propuesta, lo que indica que sí tiene buen sentido de realidad, que tiene en cuenta la perspectiva del que piensa distinto y que procura hilar fino para ganarlos hacia sí o para hacer ver a los que tienen poder de decisión que su propuesta es más conveniente. Sin embargo, es cierto que a veces se bloquea emocionalmente e insiste cerrilmente en su posición, sabiendo que eso no va a lograr su propósito sino encontrar más al otro. Así lo vemos a veces en cartas a la superiora de las Esclavas, que es la comunidad que rige el colegio y la casa de Ejercicios. En esas ocasiones, aunque dé razones objetivas, el tono parece desmesurado y la determinación que amenaza con tomar no parece corresponderse con los asuntos concretos que se discuten. Nos parece que es muchísimo más el tino que la falta de él. Ahora, tal vez para lidiar con asuntos personales delicados, como tiene que hacerlo tantas veces un obispo, ese bloqueo ocasional sería bastante inconveniente. Lo que no significa que, puesto en esa ocasión, no modificara Brochero este aspecto.

Con esto vamos a la tercera apreciación que no tiene que ver ya con la cultura ni las cualidades humanas sino con la virtud. Si el obispo es un representante del Buen Pastor, parecería que la virtud eximia sería una condición indispensable. ¿Creía Brochero que no tenía virtud? Él es extremadamente sobrio en este aspecto. Creo que sí cree estar mereciendo delante de Dios con su entrega al bien integral de sus feligreses, con su dedicación al bien de los demás. Así se lo dice con toda sencillez en una carta muy polémica al fundador y a la fundadora de las Esclavas: “Yo creo, como Ustedes, que el Sagrado Corazón de Jesús me ha de pagar los sacrificios hechos en el Litoral y los demás que he sembrado por las Provincias según han sido mis

intenciones” (239). Él piensa que tiene intención recta y que su vida está dedicada, por amor de Dios, a los demás.

Ahora, tal vez él distinga entre esa dedicación fundamental, que piensa poseer, y las virtudes como cultivo específico de actitudes concretas que estaban consagradas en los libros de espiritualidad. Puede ser que él no reconociera en sí estas virtudes tópicas del estado presbiteral y más aún episcopal. Tal vez tampoco las estimaba demasiado.

Sin embargo, hay que decir que nos consta que para él lo decisivo para el obispo era no la instrucción ni la santidad sino la prudencia. Así lo dice en una carta al presidente de la república, Roca, para que, estando vacante la diócesis de Córdoba, le diga al Congreso “que no se fijen ni en la mitra ni en la ciencia ni... sino en la prudencia de la persona que pongan en la silla episcopal” (480-481). Y cuenta un dicho atribuido a santo Tomás de Aquino que, consultado sobre a quién poner como Maestro General de la orden habría dicho “que eligiesen a ese prudente, aunque no sabio ni santo, para que viviesen todos los religiosos de su orden en paz y tranquilidad” (481). Obviamente que no está pensando que él pueda ser esa persona prudente. Sería demasiado imprudente escribirlo en esa carta. Él piensa sencillamente que no es para obispo. Y eso forma parte de su sentido de realidad, que es el suelo nutricio de su espiritualidad. Asomar su nombre deshonra a Córdoba y lo expone a él al ridículo. Por eso pide que no se haga.

2.10 UN CURA CAMINERO

Carta al Ministro de Gobierno, muy indicativa de la envergadura de sus trabajos y de su generosidad previsora (216). Es una carta oficial, es decir, con la presentación de motivos y la solicitud correspondiente.

Alega “que -en cumplimiento del ministerio que inviste- se ha visto en la necesidad de abrir y rehacer en varios puntos de la Sierra y Departamentos adyacentes algunos caminos, comprendiendo ellos en conjunto una longitud aproximada de cuarenta leguas, y haciendo los gastos necesarios sin el concurso pecuniario del Gobierno”. Como ese trabajo “ha favorecido directamente los intereses generales”, solicita que “se le acuerde alguna cantidad que compense, en lo posible, los gastos hechos” y expresa que esa cantidad “será destinada en beneficio del Colegio que dirigen las Esclavas del Tránsito, y para compostura del camino desde el paso del río hasta la plaza de la misma localidad”.

El fondo del problema es que necesita perentoriamente recursos para esas obras en marcha e idea este expediente para obtenerlos. Le escribe a un ministro que es de la provincia de Córdoba y amigo suyo, y que sabe que le dará algo.

Pero no le escribe como amigo para pedirle un favor sino como gobernante para requerirle una ayuda a la que de algún modo tiene derecho. Hace más de diez y seis años que ha tomado la iniciativa de transformar picas y sendas serranas en caminos de herradura con la ayuda de sus feligreses, favoreciendo, como dice, de este modo los intereses generales. Dice que se ha visto en la necesidad de hacerlo, obviamente para poder atender pastoralmente a los diferentes caseríos bajo su jurisdicción, pero también porque ha visto los trabajos que pasan sus habitantes que se encuentran medio incomunicados con graves inconvenientes en muchos sentidos. Es un trabajo de envergadura, ya que las vías acondicionadas suman doscientos kilómetros y en una orografía muy enrevesada. Su carácter proactivo lo ha llevado a hacerse cargo del problema y a encargarse de él, interesando y organizando a la ciudadanía, en vez de acudir a las instancias de gobierno, con el riesgo probable de que las peticiones se pierdan en los laberintos burocráticos.

Es importante anotar que todo esto lo ha hecho, dice, en cumplimiento de su ministerio, lo que significa que lo entiende no de manera restrictivamente religiosa sino integral. Es decir, que lo hace como Cura, no porque lo propio de un párroco sea abrir caminos sino porque sí lo es hacer lo posible porque aquellos a los que sirve guiándolos, tengan vida y vida cada vez más abundante e integral. Una manera de propiciar esta vida es interesarse porque puedan comunicarse más entre sí y con el exterior, estimulándolos y reuniéndolos con su autoridad carismática para lograr satisfacer por sí mismos esa necesidad, tan sentida por ellos. Sí es propio del cura estimular, como lo hacía Jesús, su condición de sujetos, lo que, entre otras cosas, se logra desarrollando sus actitudes y capacidades en la realización concreta de posibilidades que antes no creían a su alcance.

La burocracia, en el esquema tradicional, es la encargada de lo público, con lo que, al desempeñarse rutinariamente, dejando las cosas como estaban, todo sigue abandonado a su inercia. Por eso es realmente histórica la iniciativa de Brochero de convocar y movilizar a la población. Hay que decir que esta dinamización de la población resultaba más factible por cuanto ya estaba sensibilizada por la remezón que suponían los Ejercicios Espirituales. Poner en marcha una población tradicional de un Departamento muy periférico e incomunicado es una proeza histórica y, en el caso de Brochero, es una proeza pastoral. Ya hemos insistido que su empeño por la transformación superadora de la realidad da la medida de su espiritualidad.

Por eso lo que pide no es, obviamente, para él sino para seguir con esta labor dinamizadora, posibilitadora: para el colegio de niñas y para el camino del río a la plaza. Sobre lo primero es importante anotar cómo el grado de

instrucción de la madre influye decisivamente en la educación de los hijos, por eso, la educación de las muchachas es un trabajo realmente multiplicador, y más, con ese sentido de excelencia académica, humana y espiritual con que él lo plantea.

Claro que se ha gastado muchísimo más. No está pidiendo una compensación equivalente. En ese caso su labor se habría reducido a un negocio, a una inversión. No es ése, evidentemente, el sentido. Pide un gesto simbólico del gobierno con el que exprese su reconocimiento. Aunque, como hemos comenzado diciendo, el motivo de la carta es que él necesita dinero y espera poder obtenerlo así. La carta es un medio para seguir en su objetivo trascendente. Pero, a la vez, es una ventana para asomarnos a su actividad y a su persona y ministerio.

2.11 UNA RENUNCIA MUY DOLOROSA

La carta en la que plantea al obispo su renuncia al curato, a sus cuarenta y ocho años de edad, que él califica como el otoño de su vida, y a los veinte años de cura en San Alberto y el Tránsito, es la primera en la que se refiere a su vida espiritual y la relaciona con su papel de cura (253-254).

En el primer párrafo plantea su sentido del sacerdocio. En el segundo, su estado espiritual, que le hace temer que no pueda salir airoso con su cometido. En el tercero expone el inmenso dolor que le causa esta resolución. En el cuarto le propone la alternativa superadora y le reitera su petición de que lo exonere del cargo.

“Yo bien comprendo que la carrera eclesiástica se toma para trabajar en bien de los prójimos hasta lo último de la vida, batallando con los enemigos del alma, como los leones que pelean echados cuando parados no pueden hacer la defensa” (253). Como se ve, para él es claro que su vida se centra y se resume en trabajar por el bien de los demás, sentidos como prójimos porque él se aproxima a ellos. Esto es lo que la da sentido, lo que la unifica y dinamiza, llevándolo no sólo a dar completamente de sí sino incluso a trascenderse, a ir más allá de sí para estar a la altura de su ministerio. Aunque no lo dice, es obvio que este encargo de Dios asumido libremente, se expresa antropológicamente como caridad pastoral. Este amor es el que lo llena y realiza.

Pero la caridad pastoral no se realiza en el vacío, poniendo vida donde no la hay. Se realiza en la contradicción, tanto interna como externa. Para entregarse en cuerpo y alma al apostolado hay que vencer a los enemigos del alma, no sólo hay que haberlos vencido, sino vencerlos una y otra vez, incesantemente. Hay que luchar siempre, como se pueda, sin bajar la guardia. El

amor debe vencer sobre el amor propio que nunca muere, que se presenta como egoísmo o como buscar su propio interés o deseo o voluntad.

Brochero confiesa, en los términos ganaderos de su ambiente, que el caballo le ha dado muchas rodadas en el curato, muchas más que antes de ordenarse. En el trasfondo está el símbolo del *Fedro*, de Platón, que plantea la relación de alma y cuerpo como la del auriga y los caballos, que representan la potencia concupiscible y la irascible. En el ambiente de Brochero en el que no hay carros de guerra ni de carreras y sí caballos y jinetes, el símbolo se transforma como la relación entre él y el caballo. Platón plantea que, si el auriga domina a los caballos, cuanto más vigorosos sean, más lejos podrá llegar la persona, pero, si se deja dominar por ellos, cuanto más poderosos sean, más la desbaratarán. Brochero posee un deseo encendidísimo y un increíble vigor. En tanto estas pasiones se han dirigido al objetivo trascendente de su vida, le han dado el empuje necesario para realizar con toda perseverancia las obras de envergadura histórica que ha llevado a cabo. Pero él asegura que también le han hecho caer al suelo, no obedeciendo, pues, a su querer más profundo, discernido y liberado. Confiesa que estas rodadas le han infundido miedo (id). Si sigue al frente del curato, tiene temor de que los caballos rueden de nuevo (254), tal vez el miedo de que lo eche todo a rodar.

Yo no tengo elementos analíticos para comprender a qué se refiere en concreto Brochero. En las cartas el único problema que aflora es su mala relación con las Esclavas o, por mejor decir, con la superiora local y general y con el canónigo fundador. Las causas que él alega tienen que ver ante todo con la elevación, a su juicio desmesurada, de las pensiones, que limita el número de las internas y las elitiza, con el desempeño despótico de la superiora local que tiene sometidas y atemorizadas a las hermanas, con los criterios de premiación y expulsión de las niñas, con el no tener en cuenta la opinión del capellán ni la del cura. Sin embargo el tono de alguna carta es demasiado apasionado y destemplado, incluso a veces aparece como una injerencia indebida. Él, con su sentido tan desarrollado de realidad, admite que sus cartas son enfadosas, incluso llega a reconocer: “hablo con grandísima soberbia y perdónemela” (251). Por eso llega a decir que renuncia al curato “para que usted, Don David y las religiosas puedan vivir tranquilas” (253) ya que desde “hace un tiempo largo que temo ser yo la causa de sus apuros por la comunidad del Tránsito y por esto renuncio para estar libre (252-253). Consta por otra parte que la Provinciala y el fundador deseaban que se fuera e hicieron gestiones para eso. ¿Qué podía haber de fondo? ¿Sería simplemente la implicación total de Brochero en su fundación y la necesidad que sentían las hermanas de emanciparse, aunque el decidir por sí

mismas redundara en menor calidad? La emancipación ¿no es sana, aunque necesariamente lleve dolor? ¿O hay algo más?

Con los datos que tengo, que son sólo los que dan las cartas con las notas correspondientes del editor, creo que el proceso humanizador de emancipación es lo que está en el fondo. Es decir, que, aunque en cada observación tenga razón Brochero, no la tiene en la presión tan excesiva. Más aún, en las cartas se echa de ver que él comprendía lo excesivo de su injerencia y por eso pide una y otra vez perdón por el tono de sus cartas y matiza su propuesta de que consulten al capellán o al cura clarificando que la consulta no es “para que sigan el consejo, sino para que hagan lo que les agrade” (251) pensando que, teniendo más elementos de juicio y otros pareceres, decidirían con más paz.

Seis años antes había renunciado al curato para concluir las obras del colegio y las de la Casa de Ejercicios, con lo que manifestaba la importancia que para él tenía la presencia de las Esclavas, tanto para el colegio como para la casa de Ejercicios. Que ahora quiera salir del curato para no interferir su vida y sus decisiones indica tres cosas: la primera, lo perturbado que tenía que sentirse con lo deteriorado de esa relación, la segunda lo que ello afectaba a su desenvolvimiento como párroco y la tercera, su sentido de realidad que le pide echarse a un lado para no ser obstáculo.

Pero si teme por él, si se queda, irse es arrancarse el corazón, que lo tiene puesto en los feligreses. “Ilustrísimo Señor: Para mí es muy penoso y doloroso el tener que dejar a unos feligreses tan amorosos, tan progresistas, y tan generosos que me han soportado –en primer lugar- 20 años sin quejarse jamás. Que no ha habido –en segundo lugar- obra pública que haya iniciado, aunque ésta fuera en departamentos extraños, que no me hayan ayudado con sus intereses y personas. Que han atendido –en tercer lugar- a mis necesidades materiales pagándome pronta y religiosamente los derechos” (253-254).

El resumen de la relación entre el párroco y los feligreses durante los veinte años de permanencia en el curato no puede ser más positivo y entrañable. El cura no tiene ni un solo motivo de queja y todos de agradecimiento. Al lanzar una mirada retrospectiva se admira Brochero de que en tanto tiempo no se hayan quejado nunca de él, de que lo hayan soportado siempre. Con su realismo característico comprende que todos tenemos no poco que perdonarnos y amonestarnos porque a veces erramos y muchas más, aunque hagamos lo bueno, no lo hacemos de buen modo. Por eso agradece tanta comprensión y paciencia de sus feligreses.

Para que se comprenda su actitud positiva respecto de las críticas quisiera traer una notita, fechada catorce años después, dirigida a un señor que ha escrito al obispo pidiéndole que lo destituya porque no tiene las cualidades del cura

anterior y no va a confesar a los enfermos. Brochero se dirige a él como “respetado señor” y le asegura que, si es él el autor de la nota que le reenvía el obispo, que se lo ratifique “garantiéndole que le quedará muy grato por cuanto me dice mis defectos como verdadero amigo y no como los fingidos que se lo tapan” (416-417). Así pues, si lo han soportado sin queja no es por su porte mayestático que las inhibe sino por exceso de comprensión y cariño; por eso se refiere a su condición de amorosos.

Pero no sólo no lo han recriminado sino que han secundado todas sus empresas de bien público con sus recursos y, lo que es más de agradecer, con sus propias personas. Esto era muy estimable a los ojos de Brochero, que les alaba por eso su talante progresista y generoso.

El tercer punto que destaca es muy sensible para un cura de familia pobre que no tiene más entradas que las del curato: han atendido a sus necesidades materiales pagando religiosamente los aranceles estipulados.

Ha sido, pues, una convivencia no sólo fecunda sino armoniosa y entrañable. Por eso hay que creerle a Brochero cuando asegura al obispo que dejar a sus feligreses es para él muy doloroso, que le causa mucha pena.

Lo que le propone al obispo es que envíe un cura joven que dé a todo un nuevo impulso: “si me hace reemplazar con cualquier sacerdote joven, serán prontamente atendidos los enfermos, se harán en breve los templos que se precisan en Panaolma y Ambul, y se harán dos cementerios que faltan” (254). Así podrá satisfacerse “el deseo que tengo de que el Curato adelante más y más en lo moral y material” (253). El reemplazo se debe a que él estima estar ya en el otoño de su vida, sin las fuerzas del comienzo. Pero la razón de fondo creo que es la personal.

Como se ve, la carta dibuja una encrucijada “dura, penosa y triste” (id) en la vida de Brochero.

2.12 HAY QUE ARAR CON LOS BUEYES QUE SE TIENEN, Y CON ELLOS ARA DIOS

Una carta muy significativa a un carpintero amigo, sobre la construcción de una iglesia, cuyo enmaderamiento le había encargado (264-268).

Es significativa porque hace ver las dificultades en llevar a término una obra a la que los interesados habían dado el consentimiento. Comienza diciendo que hizo siete pláticas en los días de mayor concurrencia expresando la necesidad de formar una comisión con la gente más influyente, que viviera más cerca y que estuviera decidida a la obra. Desde el comienzo se ofrecieron tres, aunque reconocieron que no tenían las condiciones pedidas. Durante seis meses

no se ofreció nadie más. “¿Qué quiere que hiciera yo?” le dice a su interlocutor. Y se responde: “Nombrar a los que se me habían ofrecido, fueran o no aptos, tuviesen o no ascendiente en la pedanía” (265). Cuando todos comprendieron que empezaban las obras, “aunque salga Luzbel con todos los diablos a oponerse” (266), se ofrecieron otros, que entraron proponiendo otras alternativas. El cura admite su propuesta, si es que el carpintero, su corresponsal, no había encargado ya la madera y empezado a desbastarla. Ellos quedan conformes y, como ya estaba la madera, el cura le escribe que comience ya. Él repite dos veces con su habitual franqueza “que yo estuve rudo y sin oportunidad cuando dije no, no, no, a la propuesta de ellos” (267). Pero sirvió para que ellos convinieran en la solución que él propuso, y todo quedó según lo establecido y todos quedaron conformes.

Como en las demás construcciones no se nos descubren los pormenores, puede parecer que todo era coser y cantar. En la carta aparece claro que una cosa es consentir y otra hincarle el diente, y que mover gente gratuitamente es bien trabajoso y por eso hay que conformarse con los que se ofrecen.

Además es la única carta en la que se explicita una congruencia cristiana: “yo espero en Dios y en la Virgen de la Purísima que con estos tres jodidos, ignorantes y sin influjo, se hace la parte de la iglesia tal cual yo la había proyectado, para que se vea que no es obra mía, ni de los tres que forman la Comisión, sino que es obra de Dios, pedida por la Santísima Virgen, y para que se vea que en dicha obra ha sucedido lo que sucedió en el planteo de la Iglesia, o sea la propagación de la religión cristiana, que se valió Dios de los hombres más rudos e ignorantes, y aun de ladrones como era San Mateo, para que se viera que en esa vuelta de costumbres del género humano había andado el Dedo de Dios. Así va a suceder en la construcción de la parte de la Capilla de Ambul” (266).

Creo que el texto es la punta del iceberg que nos hace ver lo que Brochero sentía e incluso formulaba en muchas otras ocasiones que no han llegado al papel. El texto es una perla. Primero, que no hay que despreciar a nadie y aceptar con agradecimiento a quien se ofrece. Segundo, que hay que aceptarlos como enviados por Dios. Por eso hay que recibirlos con confianza en que serán instrumentos idóneos. Tercero, que la costumbre de Dios, como sucedió en la propagación de la Iglesia primitiva y lo teoriza Pablo a los corintios, es valerse eficazmente de instrumentos tenidos por la sociedad como inhábiles, para que nadie se glorifique a sí mismo sino para que se dé gloria a Dios, viendo palpablemente que todo es obra suya. Es obra suya porque la obra se lleva a cabo con éxito y esto no es así por arte de magia sino porque la buena voluntad da lo mejor de sí, es capaz incluso de autotranscenderse y así nacen

aptitudes que llegan a poner por obra lo que en un principio no parecía posible. Así es como actúa el Dedo de Dios, el Espíritu de Jesús de Nazaret.

2.13 UNA RENUNCIA SENTIDA, PERO RAZONABLE Y RAZONADA

Cinco años después de la renuncia presentada ante el Provisor del episcopado, escribe otra manifestándole al obispo que ya es llegado el tiempo de que lo sustituya a causa de su vejez, por lo que le “pide y suplica” que mande otro cura (275-277). En esta carta no hay ya ningún patetismo ni lucha interior. El único motivo, que basta y sobra, para su sustitución es que ya está demasiado viejo y cansado para seguir al frente de esa responsabilidad.

El texto, para avalar su pedido con la sabiduría popular, se sirve de la fábula de Samaniego, titulada *El cazador y el perro*, que copia íntegramente y glosa posteriormente, como aviso para que no le pase lo mismo. La fábula trata de un lebrél victorioso en muchos combates contra jabalíes que, a causa de la vejez, llega el momento en que no puede dominar a su presa, por lo que el cazador, olvidando sus servicios pasados, reniega de él. Para que no le pase lo mismo, Brochero quiere retirarse a tiempo. Como el lebrél de la fábula, él podría decir también “con rubor” que ha sido ejercitado en obras materiales y espirituales (“camino, iglesias y colegios”: 276) y que tiene como trofeos antiguas heridas de tantas luchas. También le quedan retos pendientes: “las confesiones de noche, la construcción de la iglesia del Tránsito” (id). Pero, como ya se siente viejo, antes de que sus amados feligreses comiencen a renegar de él, y pierda “su fama adquirida”, lo sensato es retirarse.

Retirarse es, además, su último acto de amor a sus feligreses: “El infrascrito siente en el alma de su alma dejar a sus feligreses, porque han sido tan comedidos, tan bondadosos y tan generosos, que le han amado de corazón en los 25 años que ha sido su Mustafá [el perro de la fábula], pero el deseo de que sean mejor servidos le obliga a separárseles como pastor, pero nunca se les separará con el afecto” (276-277).

Éste es el fondo de su carta. No se trata sólo ni principalmente de acabar bien la relación, aunque eso no está de ningún modo ausente, ya que forma parte del sentido de realidad que hemos venido destacando en todas las cartas; pero es que lo más hondo de la realidad que vive Brochero es su amor, que es un amor pastoral, y es este amor el que pide dejarlos porque ya no puede seguir manifestándose en servicios eficaces. Sin embargo, como el separarse del cargo es un servicio de amor, no implica que éste se acabe. Como Pablo, puede decir que “la caridad no acaba nunca”. Su afecto nunca se separará de sus feligreses.

Así será, siempre los tendrá presentes, como lo testifican las cartas, mientras estuvo ausente. Por eso acabará regresando, primero de cura otra vez y luego para vivir con ellos sus últimos días. Allí está enterrado y Esi se quedará. Tránsito se llama hoy Cura Brochero. Es cierto que sus feligreses lo amaron, como él decía, de corazón y que fueron generosos con él, como él se entregó completamente a ellos. Es muy hermoso contemplar un amor mutuo tan constante.

2.14 LOS DEMONIOS DEL ORDEN ESTABLECIDO IMPIDEN LA REINSERCIÓN DEL QUE HABÍA SIDO REHABILITADO DE SUS DEMONIOS

Una relación apasionante sobre cómo movió cielo y tierra por regenerar al montonero Guayama y a sus seguidores, y cómo éste fue de mejor pasta que los representantes de la ley. Un celo dispuesto a todo, frustrado por la miopía de un gobernador provincial y por la confianza leal del exmontonero (277-287).

En la relación sigue llamando a Guayama “mi buen amigo” (277), como lo trataba en la carta comentada anteriormente (cf 120-121). Como se ve, el título no era mera cortesía y menos, táctica para ganárselo. Brochero, repitémoslo una vez más, es un animal de realidades, que le gusta andar en la verdad.

Ratifica lo que sabemos por la carta escrita diez y ocho años antes: cómo había emprendido el viaje a La Rioja para “pedir limosna para la Casa de Ejercicios y para este Colegio (el mejor de la Provincia), y también a tener una conferencia con el famoso Guayama” (277-278). La carta del cura llegó al montonero con otra de su amigo, el hacendado Tello, en cuya casa se hospedaba Brochero, en la que le aseguraba que se fiase del cura y acudiese a la cita “porque Dios lo venía buscando por mi intermedio” (278). Convino el cura en el lugar y la fecha que fijó el montonero, pero éste no acudió porque quería cerciorarse antes de quiénes lo acompañaban. Por fin tuvo lugar la entrevista.

En ella Brochero le hizo las siguientes propuestas: “1° Que yo pagaría a Don Patricio Llanos, vecino de Pozo Cercado (Provincia de La Rioja), la deuda de 700\$ que con él tenía y cualquier otra que tuviese./ 2° Que le sacaría indulto del Gobierno Nacional./ Y 3° que le haría dar una ocupación militar en Buenos Aires o en otra Provincia con tal que no fuera ninguna de las cuatro mencionadas./ Y que por su parte únicamente se comprometiese a entrar a Ejercicios en la Casa del Tránsito con 300 de sus amigos, dándoles yo todo lo que necesitasen hasta volver a sus casas” (279).

La propuesta es audaz e integral: reinserción cualificada, previa rehabilitación. La propuesta supone tanto la buena fe del gobierno, su deseo sincero de concluir superadoramente la situación de violencia inveterada, como la voluntad y capacidad del montonero para transformarse, como, sobre todo, el poder de Dios de transformar los corazones.

Para comprender esta propuesta, me voy a referir brevemente a *La Orestíada*, la tragedia en forma de trilogía de Esquilo, que considero un hito histórico, aún no superado, ya que teoriza el paso de la justicia vindicativa a la justicia legal y sus condiciones para que el paso sea superador. La primera parte, *Agamenón*, presenta el asesinato del rey, que regresa vencedor de la guerra de Troya, a manos de su esposa Clitemnestra. La segunda, *Las Coéforas*, pone en escena la muerte de Clitemnestra a manos de su hijo Orestes, que venga así la muerte de su padre. La obra concluye con la huida del asesino con las manos manchadas de sangre y perseguido por las Erinias, materialización de su conciencia horrorizada. La tercera parte, *Las Euménides*, sucede en Atenas, después de pasar por el santuario de Apolo en Delfos, donde ha ido a purificarse por mandato del propio Apolo.

Las dos primeras partes escenifican lo que había sido hasta entonces la historia de la humanidad: un ciclo inagotable de violencia. Todos tienen alguna razón para hacer lo que hacen: Clitemnestra alega que su marido sacrificó a su hija para que los guerreros surcaran el mar con éxito y vencieran. Agamenón había confesado que no tuvo más remedio porque la tropa se lo exigió. Orestes aclara que su madre lo mató porque vivía con otro hombre que además los había desheredado a él y a su hermana, con el consentimiento de ella.

Todos tenían razones, pero ninguna es bastante poderosa para matar a un ser humano, ya que toda vida es sagrada: se nos ha entregado para que la vivamos, pero nadie es dueño de ella. Pero, desatada la sangre ¿cómo parar esa fuente letal? La justicia vindicativa es justicia porque pretende restablecer un equilibrio violado. Pero el modo de hacerlo introduce de nuevo la ofensa, que volverá a exigir ser lavada con nueva sangre.

La justicia legal, al sustraer la venganza de manos del agraviado, para el ciclo. Pero ¿restablece el equilibrio? Si el Estado mata, vuelve a introducir la injusticia, porque nadie es dueño de la vida; nadie, ni el Estado, puede arrogarse ese poder. Pero, si no mata al asesino, deja suelto ese poder maléfico que puede cebarse sobre otro ciudadano. Tampoco tiene derecho a ponerlo en libertad, porque nada podrá dar el asesino a cambio de la vida que quitó. Por eso Esquilo, entre la sociedad arcaica con su justicia vindicativa y la sociedad moderna con su justicia legal, entre Micenas y Atenas, coloca al santuario de Apolo en Delfos. Allí tendrá lugar la rehabilitación de Orestes, que no puede lograr la

ciudad, pero sin la cual no es posible el paso de la justicia vindicativa a la legal. La religión de Apolo logra la rehabilitación, precisamente porque no es una religión ciudadana, es decir, la expresión de la sacralidad de la ciudad. Pero la absolución la tenía que hacer la representación de la ciudad presidida por la propia diosa.

Los Ejercicios Espirituales pueden rehabilitar al montonero, sólo si son dados desde una perspectiva trascendente, si el cristianismo que ellos expresan no es la versión religiosa de la sociedad, si trasciende, y en ese sentido pide conversión, tanto al montonero como a las autoridades. Hemos visto hasta ahora que el cristianismo de Brochero es realmente trascendente. Por eso su propuesta vale. Está por verse, si la sociedad también se relativiza o si sacraliza su establecimiento.

La respuesta de Guayama, lo pone en duda. Le confirma que no tiene más deuda que la referida, y que esa plata la distribuyó íntegramente entre su tropa en presencia del señor Llanos. “Aceptaba mis generosas propuestas, aunque dudaba que yo pudiera conseguir el indulto” (280) porque ya lo había intentado otro en vano, a pesar de contar con poderosas influencias. “Y –en cuanto a la ocupación militar- se permitía rehusarlo, porque estaba ya cansado con 18 años de andar con armas, y que aun ese trabuco que llevaba a la cintura le molestaba como una penosa necesidad para defender su vida” (id).

Es pertinente preguntarse si la idea que la gente y, más en concreto, las autoridades se hacían de Guayama correspondía a la imagen que él da de sí, con la misma sinceridad con la que le hacen las propuestas. La única vez que le quitó dinero a alguien no fue para él. No era, pues, un ladrón. Y si sigue en armas, no es con el deseo de atacar a nadie sino por la penosa necesidad de defender su vida. La sociedad lo persigue, así lo justifica ante sí misma, para defenderse de él, y él sigue en el desierto y con las armas, porque no lo dejan reinsertarse. Como se ve, la sociedad no es sincera. No quiere sino su cabeza. ¿Es esto justicia legal? ¿No es la misma justicia vindicativa de antaño, disfrazada de un ropaje legal?

Aun así, acepta la propuesta porque de todos modos quiere salir de su estado. El cura se mueve con rapidez. Lo primero que hace es saldar, un tanto pintorescamente es verdad, pero a satisfacción del agraviado y con el concurso de otras personas, la deuda. Lo segundo es conseguir ubicación honrosa para el montonero, y lo logra sobradamente. Y se aboca a lo más difícil: con un senador intenta el indulto y no lo consigue. Acude entonces a su discípulo y amicísimo Juárez para que lo logre por medio de su concuñado el general Roca, a la sazón ministro de Guerra. El ministro mandó, en efecto, un telegrama ordenando a los fiscales de las cuatro provincias por las que se movía Guayama

que no pusiesen ninguna acusación contra él y que no lo molestasen. Con razón, el montonero pensó que era insuficiente. Por tanto Brochero volvió a pedir el indulto por medio del conuñado. El general le dijo que hiciera una solicitud en forma, es decir, en la forma militar correspondiente. Redactó la petición el amigo conuñado como estaba reglamentado y se envió al general con la firma del montonero solicitante. Esperaron la respuesta.

El montonero, con las ganas que tenía de entrar en la vida civil y la confianza de que su asunto estaba encauzado, empezó a entrar en las ciudades con una copia del telegrama de Roca y la solicitud al general, y, en efecto, las autoridades no le decían nada. Brochero le advirtió que no fuera imprudente y se esperara hasta tener el indulto, pero él siguió, hasta que al entrar a una ciudad lo tomaron preso y lo fusilaron después de un juicio sumario. Brochero se movió con el obispo y otras personalidades de esa ciudad y con una íntima de la esposa del presidente. Pero no hubo respuesta de la capital y lo fusilaron. “He ahí cómo se frustraron todos mis esfuerzos y las ansias de innumerables personas que deseaban la moralización de Guayama y de sus secuaces” (285).

“No debo concluir sin declararle que Guayama habíame dado ya pruebas sinceras de su lealtad” (id). Las menciona muy emocionado y termina con lo que le dijo un amigo del montonero una vez que le hospedó en su casa: “que Guayama lo había encargado para que convidase a venir a los Ejercicios a todos los laguneros [partidarios de Guayama que se refugiaban en una laguna], y concluyó la conversación golpeándose el pecho y me dijo enfáticamente: ‘hemos ir más de trescientos hombres, porque no los vamos a convidar, sino que los vamos a arriar’” (286).

El episodio es equivalente al del endemoniado de Gerasa. A una persona con la que sólo se relacionan queriéndolo sojuzgar, engrillándolo y encadenándolo ¿qué le queda sino defenderse y meter miedo? Un pobre hombre que para defenderse de los vivos no encuentra más refugio que el lugar de los muertos; que también vuelve sobre sí esa rabia impotente, atormentándose a sí mismo. Las relaciones entre él y la sociedad son meramente reactivas: o atacar o huir. Sin embargo, Jesús ni ofende ni teme. Al contacto con ese otro modo de relación, ante ese modo distinto de ser persona, el que se había entregado a los demonios de la violencia, vuelve sobre sí y acaba sentado a los pies de Jesús, vestido y en su sano juicio. Los demonios que tenía el hombre han entrado en una pira de cochinos que se precipitan al lago y se ahogan. Los habitantes de la zona están llenos de terror: es demasiado el precio de esa rehabilitación y le piden que se vaya. En definitiva, valen más los cochinos que ese pobre hombre.

Es lo que pasa en Argentina. El progreso se concibió con el costo social de limpiar la zona de indios y de gauchos. A esos antiguos pobladores no les

queda más remedio que reducirse o resistir hasta morir. Pero reducirse es poco menos que la muerte porque, despojados de sus tierras, no se les da ninguna compensación ni ocupación, fuera de la condición de peones, equivalente casi a la servidumbre. En realidad, se les empuja a la resistencia en una guerra desigual que no puede acabar sino en el exterminio.

¿Quién es entonces el endemoniado? El general Roca, aclamado como general victorioso de esa guerra desigual, es decir, como portaestandarte de una civilización que concibe su marcha triunfal arrollando a los que descalifica primero como salvajes ¿cómo podía indultar a Guayama? Pero una sociedad que no admite la rehabilitación ¿es civilizada? ¿Es simplemente humana? ¿No está poseída por el demonio del capitalismo agroexportador?

No es casualidad, dijimos al comienzo, que Brochero, que entiende el progreso como posibilidad de los que tienen más desventajas, acabara entrando en contradicción con ese círculo y descalificándolo públicamente.

Otro punto que esclarece este documento es por qué Brochero se sintió envejecer tan rápido. Sólo en las gestiones con Guayama cabalgó más de mil kilómetros.

2.15 EL QUE SE ESFUERZA POR REHABILITAR SE ESTRELLA CONTRA LA SOCIEDAD QUE NO ACEPTA LA REINSERCIÓN

A Brochero le han aceptado la renuncia y está de canónigo en Córdoba, y, entre otras cosas, se dedica a atender espiritualmente a los presos de la cárcel, dándoles pláticas e, incluso, Ejercicios Espirituales, además de confesiones y atención individualizada.

Las Damas de Córdoba y el Presidente de San Vicente de Paúl, pidieron al gobernador la gracia de liberar a doce penados. La solicitud choca con la oposición firme de gran parte de la buena sociedad y de las llamadas fuerzas vivas. Incluso se llega a acusar públicamente a Brochero de que sus pláticas han provocado una sublevación en la cárcel.

Una carta a los penados y artículos de prensa defienden su gestión, la petición de gracia y el sentido de la rehabilitación (335-355). Este material va en la línea de su interés por Guayama y los suyos, e indican la trascendencia del apostolado de Brochero y el resentimiento del establecimiento, su mala fe.

El tono de la carta a los presos es, como el de la que escribe a Guayama, coloquial, afectuosa, respetuosa y realista. La carta está dirigida “A mis queridos hijos espirituales, los presos de la Penitenciaría” (335). Y prosigue, como lo suele hacer con los amigos, con los que forman parte de su grupo de referencia, “Mis queridos” (id). No es, pues, una carta de oficio de uno que

desempeña un puesto respecto de sus usuarios o beneficiarios, sino una comunicación que sale de dentro, con toda confianza y cariño, y dirigida a gente adulta, a verdaderos sujetos. Como iremos viendo, éste es el punto decisivo y su principal diferencia respecto de las fuerzas vivas de la sociedad cordobesa.

El saludo da el tono de la carta, que es un tono llano, personalizado y esperanzado: “Deseo que ésta los encuentre con salud, con paciencia y con esperanza de conseguir alguna gracia por los tres acontecimientos del año entrante” (id). La primera parte del saludo es el mismo que les dirigiría un familiar, la segunda expresa el asunto de la carta.

Los tres acontecimientos que movieron a esas personas a pedir el indulto son el año santo, el homenaje de Córdoba a Cristo Redentor y el cambio de siglo. Como se ve, acontecimientos bien excepcionales y no meros pretextos sino en la línea de la petición y motivadores de ella. En efecto, año santo significa año de gracia y remisión de culpas y penas; el homenaje de la ciudad es a Cristo, precisamente en su condición de redentor: el que paga la pena que merecemos nosotros; y parece congruente que el siglo comience con un gesto que exprese el deseo de que haya una regeneración social, y la gracia sería la expresión de ese borrón y cuenta nueva que todos deberíamos desear.

Como siempre, Brochero explica el estado de la cuestión: quiénes hicieron la petición y por qué, y por qué encuentra tanta oposición. Esa oposición le parece increíble a Brochero: “¡Una docena de presos que pueden ser agraciados en el 1º de Enero es lo que asusta y escandaliza a ciertas personas de la sociedad de Córdoba, y no se escandalizan que más de 10 docenas de presos no se les ha concluido el Sumario entre los tres meses que manda la ley!” (336).

Nuevamente aparece el resentimiento de la buena sociedad. Los presos son para ellos la escoria. Hacerles gracia es una injusticia, y además que anden de nuevo sueltos puede poner en peligro la seguridad de sus personas y bienes. Por eso no se les debe hacer gracia. Para Brochero estas personas, que desprecian a los presos y sólo les preocupa su seguridad, no son personas éticas ya que no tienen sensibilidad porque se cumpla con ellos la justicia, eso no les importa, y por eso no se enteran de que a la mayoría ni siquiera les han instruido el debido proceso, es decir, que cumplen condena sin estar condenados, sin saberse si quiera si son culpables. Que excepcionalmente puedan salir una docena les parece propiciar la delincuencia y, por eso, presionan para que no se dé; pero no les inquieta la injusticia que se comete con más de diez docenas. Para ellos la sociedad está dividida entre la gente decente y los que no son gente. Éstos no tienen derechos.

De todos modos, Brochero, siempre en pos de su intento positivo, les remite un recorte de periódico en el que un doctor aboga por ellos “para que vean que también hay muchísimos doctores que abogan por Ustedes” (id). La conclusión que saca excede al argumento que presenta, pero sí es válido que lo vea como un sacramento de esperanza. Él no quiere que la sociedad cordobesa se empecine en sus prejuicios sino que dé ese paso simbólico de reconciliación. Por eso concluye diciendo “Yo, mis queridos, espero con seguridad que el prudente y compasivo Gobernador del Campillo accederá a la gracia que le piden las Damas de Córdoba, porque –restando y haciendo bien las cuentas- la petición de ellas es un alquilo un más que cero” (336-337). Como se ve, es muy realista: apela al sentimiento de compasión del gobernador, pero le parece también que es un acto de prudencia, es decir de tomar en cuenta el otro lado de la luna que los bien pensantes nunca quieren ver. Y es que, mirándolo bien, la petición es insignificante, tan sólo un gesto simbólico. Sin embargo, al ser captado como simbólico, no se quiere aceptar porque no se quiere dar esa señal.

Hasta aquí los presos son el motivo de la disputa de los que tienen algún poder de decidir o de presionar para que se decida en una dirección. Por eso se dirige también a los presos para que pongan su contribución como sujetos: “Es preciso, pues que Ustedes se den todas las noches (hasta el 1° de Enero) una soba en las carnes limpias, para que se verifique aquel adagio ‘a Dios rogando y con el palo dando’, y puedan obtener la gracia” (336). ¿Qué significa esa semana de disciplina, respecto de lo que está en juego? ¿No es como un acto de magia? No lo es; es, por el contrario, la expresión penitencial de su voluntad de rehabilitación para ser dignos del indulto.

Ya hemos insistido que la justicia legal, de la que forma parte, la gracia, sólo es verdaderamente superadora, cuando se da la rehabilitación, que según Esquilo, y según nuestro parecer, sólo la religión puede lograr, pero únicamente una religión que sea realmente trascendente. Se podrá discutir si la disciplina es lo más adecuado (ciertamente es algo que ellos podían entender y estaba dentro de su esquema), pero lo que no es discutible es el empeño, creemos que bien encaminado, de Brochero porque los presos sean no sólo beneficiados sino también sujetos de su liberación.

Los concienzudos artículos sobre si el poder ejecutivo, además del legislativo tiene facultad para hacer gracia a los presos y en qué situaciones, no son meterse en lo que no le incumbe como sacerdote sino que tienen un propósito claro y congruente con toda su línea de conducta: “Hemos expuesto con sencillez nuestras opiniones, y declaramos que lo hacemos sin el propósito de ofender a nadie, deseando sólo el imperio de la verdad e impulsados por la conmiseración que despiertan esos seres desgraciados que viven hacinados en la

Cárcel de Detenidos y en la Penitenciaría” (345). No se trata, pues, de disputas por el poder ni de triunfar sobre otros sino de esclarecer la verdad y que ella triunfe. Ya hemos insistido que el sentido de realidad da la medida de su espiritualidad. Pero añadiendo que la estructura de la realidad es dinámica y, según la voluntad del Creador, ella contiene un dinamismo ascendente; por eso, lo que lo mueve más en el fondo es que mejore la suerte de los que están hacinados en los sitios de reclusión.

De todos modos no se consiguió el indulto. Por eso felicita al gobernador de Santiago del Estero: “Lo que no conseguí en Córdoba echando indirectamente mi vergüenza, lo ha hecho usted sin que se lo pidan” (337). Esta expresión, “echando mi vergüenza” la usa muy frecuentemente. Se ve que a Brochero le apena andar de abogado de otros (voz de los sin voz, en palabras de la Iglesia Latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX) ante instancias que no forman parte de su mundo; pero, sin embargo, no duda nunca en pasar pena, si con ello se puede sacar algún bien.

Por eso, a pesar de que el Presidente de la República, general Roca, era el mismo que se negó a indultar a Guayama, lo felicita por indultar a otro preso, usando la facultad que le acuerda la Constitución cuando las cámaras están en receso, facultad, dice, “que, en iguales circunstancias, tienen los Gobernadores de nuestras Provincias, y que niégansela a sí mismos o no quieren usarla” (346). El telegrama expresa reconocimiento al Presidente y dolor porque el gobernador de Córdoba no quiso hacer lo mismo. Como se ve, Brochero se inclina ante la realidad, y alaba los actos encomiables de los que cree que ordinariamente van en mala dirección.

Nos parece especialmente relevante la carta abierta que manda a un periódico para “destruir ciertas hablillas, que dicen hay en contra de las pláticas o Ejercicios que se dan felizmente en nuestras cárceles” (348). Con motivo de un intento de fuga, se le ha dicho que ése es el resultado de las pláticas y que, por eso, no lo van a dejar entrar más a las cárceles. Como se ve, para estos bienpensantes, no hay que gastar pólvora en zamuros o, mejor todavía, no hay que echar las perlas a los cochinos. Los presos son casos perdidos y hay que dejarlos que se pudran. Eso dicen los que están seguros de que nunca irán a parar a un lugar así y los que saben que, hagan lo que hagan, ningún pariente o amigo suyo, estará tras esas rejas. Para esta matriz de opinión, muy frecuente todavía, sólo tienen derechos los que la clase dirigente considera decentes y productivos. No existe ni siquiera el concepto de derechos humanos o, lo que es peor, existe la idea de que seres humanos son sólo ellos y no el resto, que califican de chusma.

Brochero contraataca diciendo que, “la intentona de evasión, si la ha habido, no puede resultar de unas pláticas y de unas leyendas que sólo tienen por objeto instruir a los ignorantes, o recordar a los instruidos, los deberes que tiene para con Dios, para consigo mismo y para con sus prójimos” (348). Insistamos, Brochero busca con todo ahínco, pero también con toda esperanza, rehabilitar. Que se hagan cargo de sus deberes no significa que ocupen su puesto de hormigas en esa sociedad desigual, significa, por el contrario, que se respeten a sí mismos, haga lo que haga la sociedad con ellos.

Explicita dos pláticas. En la primera “les pedí con toda energía que primero prefiriesen morir secos de pena en esa Cárcel, antes que pretender salirse de ella” (349) porque morirían algunos en el intento y luego serían de nuevo atrapados. “Eso es lo que se llama [concluye] ser el remedio peor que la misma enfermedad” (id). La segunda tiene que ver con la instrucción del sumario. Les dice que, “aunque nadie estaba obligado a acusarse a sí mismo como lo sabían ellos mejor que yo, lo hicieran. Y 2° que no hicieran evasiones, ni mentiras a las preguntas y repreguntas del Juez: 1° para que se les concluya pronto el Sumario; 2° para no resentir al Juez; y 3° para que no les ponga mucha pena por el delito” (id). Él está seguro de que los empleados de la Penitenciaría no le van a impedir regresar porque inculca a los presos “la estricta obligación en que están de obedecer y respetar a todos los empleados de la Penitenciaría aunque ellos los gobiernen con imperio y terquedad, por no decir con tiranía” (350).

Como siempre, los argumentos de Brochero son un dechado de realismo. Es bueno para ellos que colaboren con el juez, que no intenten evadirse y que respeten a sus carceleros. No se trata de que los representantes de la ley lo merezcan sino de que es su propia conveniencia. En el fondo se trata de que no se dejen llevar por conductas reactivas, que es lo que provoca el trato tiránico que les dan. Si no acaban de instruir el sumario y se comportan con tiranía, no actúan como representantes de la ley. Actúan sólo como los que tienen un poder mayor que los reos. Esta ausencia de derecho y, por tanto, de sentido, tiende a provocar conductas meramente reactivas, al margen del derecho, del sentido y de la razón. Brochero nada puede hacer con los representantes de la ley. Está aprendiendo dolorosamente que lo que pretenden en el fondo es mantener un establecimiento asimétrico y, por eso, no dinámico e infecundo. Se dirige, en cambio, a los presos, como antes se había dirigido al montonero, porque piensa que ellos sí tienen capacidad de volver sobre sí mismos y de rehabilitarse. Él tiene confianza en ellos, sabe que responderán a sus requerimientos y que acabarán respetándose a sí mismos y a los demás, incluso aunque no los respeten a ellos.

La actitud de Brochero con los presos es equivalente a la de Pablo en la cárcel de Filipos. Los presos ven cómo ingresa con Silas molido a palos y arrastrando cadenas e impedido por los grillos. Los presos captan inmediatamente con su ojo clínico que son gente de bien. Con una sorpresa rayana en el estupor ven cómo estos presos, en vez de echarse a morir para acabar de una vez por todas una situación miserable o en vez maldecir a quienes los han puesto en ese estado y pedir a Dios venganza o en vez de blasfemar de Dios por haber permitido tanta injusticia, lo que hacen es cantar himnos. En la situación en que se encuentran ¿cómo pueden reaccionar así? Esa posibilidad humana les parece a los presos algo no a su alcance y, sin embargo, sumamente deseable. Ya quisieran ellos ser tan dueños de su vida, tener tanta vida en sí mismos que no dependieran de esa circunstancia que los anula. Pablo y Silas han evangelizado a los presos. Por eso entran en contacto con ellos y Pablo les comunica el secreto de su vida liberada incluso entre cadenas. En esto un terremoto abre las puertas de la cárcel. Pero los presos, aleccionados por Pablo, no se escapan. El carcelero, al ver las puertas abiertas, se va a suicidar, pero Pablo le avisa que nadie se ha escapado. Ahora es el carcelero el que no sale de su estupor. Nunca se ha visto que unos presos, pudiéndose escapar, no lo hagan. Por eso, como los presos, le pide que le comunique su secreto. ¿Qué va a hacer Roma con esos presos que no se evadieron? Es obvio que los va a liberar. Para ella es una tremenda propaganda que la gente sepa que no se quisieron evadir. Ahora bien, no sólo es un acto de realismo político, es, sobre todo, un acto de justicia, aunque el régimen no tenga ojos para comprenderlo así. En efecto, los que no se quisieron escapar, no eran ya los mismos que ingresaron a la cárcel. Son personas regeneradas. Por eso la justicia tiene el deber de liberarlos. ¿Y qué habría hecho si se hubieran fugado? Los habría recapturado y torturado hasta la muerte. ¿No fue realista que se quedaran?

Lo mismo les dice Brochero: les conviene que colaboren con el juez, que no intenten fugarse y que obedezcan a los carceleros. Pero además de que les conviene respecto de su estadía en la cárcel y de su pena, les conviene, más aún, ante sí mismos y ante Dios. Más todavía, sólo si alcanzan esa libertad interior que equivale a la rehabilitación, se les seguirán esas otras conveniencias. El mero utilitarismo no tiene poder suficiente para arrancarlos de la conducta reactiva. Sólo el llegar a respetarse a sí mismos y optar por la dignidad de modo absoluto, podrá, por añadidura, conseguir esos frutos de utilidad.

Actuarlo así y llegando a este nivel, da la medida de la grandeza trascendente de Brochero.

2.16 UN PREDICADOR POPULAR SATISFECHO DEL ÉXITO DE SU ELOCUCIÓN CAMPESINA

Tres cartas, dos al obispo de Tucumán, compañero suyo de seminario, y otra al jefe político de San Alberto, amigo suyo de muchos años, a propósito de las misiones que está dando en unos ingenios de la provincia de Tucumán, sobre su modo de vida y de predicar (353-357).

Trata al obispo con una confianza y afecto inusitados: “Mi Señor Obispo de todo mi cariño”. A nadie ha tratado así. A la señora Zoraida V. de Recalde, la persona a la que muestra más cariño en sus cartas, le llega a saludar: “Señora de todo mi aprecio y respeto” (361 et passim). Sería interesante estudiar más a fondo su modo de habérselas ante las personas que quiere, de un modo o de otro. En el caso del obispo, se traduce en escribirle con entera libertad, incluso con la libertad, bastante infrecuente anteriormente, de alabarse a sí mismo y con la libertad de hablar de su vida espiritual. Partiendo de esta relación hay que entender estos textos.

En contraposición a muchos textos en los que Brochero se critica despiadadamente a sí mismo, en estas cartas se alaba con alegría y candor. Tomando la idea que había dicho al obispo de Córdoba para que lo sustituyera del curato, de que ya estaba viejo y gastado, diríamos que está en la segunda niñez. Pero más bien diría que se siente relajado al no tener graves responsabilidades que, al sobrepasarlo, lo hacen ir más allá de sí mismo, pero pagando el precio de la tensión y desgaste consiguientes.

Más aún, se siente en su madurez, es decir, reconociendo lo peculiar de su figura y del significado de su persona en la zona y en el país. Y eso lo alegra profundamente. Se siente representando un estilo y una figura presbiterales, un prototipo, muy alejado de los cánones vigentes, en los que el sacerdote es, ante todo, un separado, un hombre de Dios y, por tanto, según esa concepción, no de los hombres, aunque sea a favor de ellos; un hombre del santuario, del altar, que hace referencia al alma y a la otra vida, y como representante del mundo de Dios, se pone al margen no sólo de lo mundano sino del mundo, ya que se estima que el mundo moderno se está levantando al margen de Dios. Por eso a estos sacerdotes se los ve llenos de gravedad y, en cierto modo, de afectación, un tanto por los aires, retóricos y recargados de citas, como un manto postizo de erudición (porque frecuentemente estaban sacadas de repertorios), atendidos a lo suyo.

Como hemos venido insistiendo, Brochero aparece en sus cartas, por el contrario, como un hombre profundamente terrenal, metido hasta el fondo en la realidad; eso sí, desde la perspectiva de Dios, que es siempre salvadora. Muerto

medio siglo antes del concilio Vaticano II, sin embargo, su espiritualidad es la de la encarnación en la vida y los problemas de sus feligreses y de sus contemporáneos, en procura de que tengan más vida en el sentido integral, que aún la conversión y la entrega a Dios, con el desarrollo de todas las facultades y la convivencia y ayuda fraterna, como dirá mucho después Medellín (Introd. 6) citando a la *Populorum Progressio* (n^{os} 20-21).

Esta encarnación en el medio rural en que se desenvuelve implica una figura, un modo de vivir y un modo de hablar. Sobre el modo de vivir es sintomático lo que dice al obispo Padilla, que le dijo al párroco de la parroquia donde se encontraba predicando, que estaba muy preocupado de no poder encontrar en su curato un alojamiento digno de la dignidad episcopal: “Vea mi Cura: si al Señor Obispo Padilla se le diera a elegir entre un palacio de cristal para su alojamiento y las letrinas, elegiría éstas sin vacilar. Yo conozco bien a Monseñor Padilla desde niño (...) si Monseñor Padilla ha sabido dormir enteramente bien, cuando iba a mi Curato de San Alberto, en un sobrepelo, y taparse con un ponchito que no valía dos pesos, ¿cómo no va a dormir bien y estar contento cuando Usted no le va a dar las letrinas de Santa Ana, sino una de las tantas modestas casas que hay allí, y le va dar buen catre, colchón, sábanas y...? Usted señor Cura no se aflija por los ‘adlatere’ que lleve el Señor Obispo, porque yo —que debo ser mejor que todos ellos— he de dormir en la cocina, y en el suelo limpio. Y les he de prestar hasta el poncho que he traído a fin de que ellos tengan buena cama y no se dejen picar con la ‘lechuza’ (354-355).

Para Brochero, el obispo Padilla es de los suyos. Por eso dormirá muy a gusto en una casa modesta de campesinos, como ambos han dormido tantísimas veces. No es ésa la peor alcoba que han tenido. El obispo ha dormido muchas veces en su curato, no en una cama sino en el suelo, encima de una cobija y arropado por un simple poncho, y él mismo con sus más de sesenta años, le dejará su cama a los acompañantes del obispo y dormirá en el suelo de la cocina y está dispuesto a dejarles también su poncho.

Brochero disfruta compartiendo con su amigo obispo este modo de vivir porque siente que es su gloria, de la que sí tiene sentido gloriarse, porque no es la gloria mundana sino la de la libertad de los hijos de Dios que saben arreglárselas con lo que haya porque al haberse puesto en manos de Dios, se han puesto también en las manos de los que se han puesto en manos de Dios, que la mayor parte de las veces son gente popular.

Sobre su modo de hablar, “ésta mi elocuencia, y [con] éste mi golpe oratorio” (354), él está muy satisfecho no sólo porque lo entiende la gente popular sino, sobre todo, porque sienten con una alegría vivísima que el mensaje se encarna en su mundo, como que Dios les habla desde su vida

misma, que Dios no es, pues, el totalmente otro, el de la institución eclesiástica, evocado por palabras que nunca usan ellos, que casi no las entienden y que en todo caso les resultan lejanas, abstractas y no motivadoras. Por eso sus expresiones ruedan de mano en mano, se festejan y se graban en las mentes y corazones y actúan como levadura.

Ahí va un ejemplo, como lo trasmite a su amigo el Jefe Político: “Pero lo que quiero contarle es el texto con que rompí en la primera misión. Este fue una vaca negra que estaban viendo todos los oyentes. Dije que así como esa vaca estaba con la señal y marca del Ingenio llamado Trinidad, así estábamos señalados y marcados por Dios todos los cristianos. Pero que Dios no marcaba en la pierna, ni en las costillas, sino en el alma. Y que Dios no señalaba en las orejas, sino en la frente, porque la señal de Dios era la Santa Cruz. Y que la marca de él era la fe, y que ésta la ponía en el alma, y que se la ponía volcada a todos los que no guardaban los mandamientos” (355-356).

Brochero parte de lo que todos están viendo y conocen perfectamente. La vaca tiene en el anca una marca grabada al fuego y una señal pegada en la oreja. Ambas indican la pertenencia. La marca que Dios imprime en el alma es la fe y la señal con la que expresamos la fe es la Señal de la Cruz. No se puede decir de manera más simple y exacta. Nosotros somos de Dios y la marca que nos pone no es algo físico sino el don de la fe con el que podemos reconocerlo como nuestro Dios y Padre materno y descansar en él. Al hacer la señal de la cruz expresamos ante nosotros mismos y ante los demás que aceptamos esta pertenencia, que estamos orgullosos de ella y que creemos que ella nos protege y nos habilita para serle fieles.

Ahora bien, así como los animales de otro dueño en un mismo rodeo, llevan la marca al revés para que se sepa que no son del dueño, así Dios pone la marca al revés a los que no quieren pertenecerle en su vida. Como ellos no quieren pertenecerle, él no quiere arrogarse lo que no es suyo. Esta variante tiene como finalidad que sus oyentes objetiven el estado en que están respecto de Dios. ¿De verdad no quieren ser suyos?

Él se alegra sinceramente de esta empatía con su auditorio, que es significativa de una demanda largamente insatisfecha: “Pero, mi querido, hizo tal eco mi elocuencia, que se han costiado hasta de 25 leguas a oírme. Y se han confesado en esa misión como no lo han hecho en otras que han dado 2 jesuitas copetudos y elocuentes” (356). Si se han desplazado a oírle hasta de 125 kilómetros y el efecto de sus pláticas ha sido que se han confesado los que no lo habían hecho en ocasiones de prédicas de gente muy preparada e importante según la estimativa clerical, es que ha llegado desde dentro al corazón de esos campesinos, que se sentían como ovejas sin pastor porque quienes llegaban

hasta ellos lo hacían como representantes de la cultura de la ciudad, con lo que de entrada les daban la mala noticia de que ellos o no tenían cultura o su cultura no era suficientemente noble para que se vertiera en ella el mensaje evangélico. Por eso alguien representativo del mundo campesino le dedica este singular elogio, al expresar que “si el Diablo anduviera conmigo una semana, dejaría de ser condenado” (357). Y un cura, que mientras oía una de esas comparaciones, que concretamente se refería a unos machos o mulos, se había sentido escandalizado pareciéndole impropia de ese lugar sagrado, cuando escuchó la aplicación le comentó: “no ha hablado Usted sino el Espíritu Santo” (354).

Como contraste comunica al obispo que en otra misión “he puesto aquel texto del Éxodo que dice: ‘yo enviaré mi Ángel para que os guarde y guíe en el camino...’. Pero creo que no me han entendido, ni he sacado el fruto, ni la leche de la vaca negra, porque el ángel no tenía señal ni marca” (357). Como los oyentes no han tenido una referencia concreta de la que partir y a la que agarrarse, cree que no lo han entendido ni ha sacado fruto. Cuando se atiene a lo convencional, el fruto es convencional: la atención que se presta a un cura, que dice lo que tiene que decir y a quien hay que escuchar con respeto, aunque lo que diga venga de otro mundo desconocido para ellos y no llegue por eso a su cotidianidad ni a sus corazones. Su sentido de realidad lo lleva con toda naturalidad a la autocrítica. Nunca mejor dicho que la humildad es la verdad.

Esa encarnación llega a la vida espiritual. Al presbítero que le había asegurado que no hablaba él sino el Espíritu Santo, le replica que “¿cómo usted me reprochaba mi conducta pastoral que consistía en que en abriendo los ojos en la mañana, en vez de persignarme para hacer oración, le recordara al muchacho para que fuera a dar de comer a los machos y hacer oración después si quedaba tiempo?”. A esta pregunta increpante, me contestó el Presbítero Cau: ‘no entiendo su conducta para ante Dios, y no sé cómo pueda bendecir Dios sus trabajos apostólicos’. A lo que le contesté yo: ‘pero Dios me entiende, y me bendice mis trabajos a pesar de que doy de comer a los machos antes de persignarme, y hace él que el auditorio se dé por entendido’” (354).

¿Cómo se puede entender esta reflexión? No se trata de hacer o no oración. La pregunta de Brochero surge porque si él reconoce que al poner el ejemplo de los machos ha hablado por él el Espíritu Santo, no tenía que criticarle que lo primero que hiciera, antes de hacer oración, fuera despertar al muchacho para que diera de comer a los machos. El cura no sabe cómo resolver lo que le plantea Brochero porque no cree que procede bien, porque antes es lo de Dios, que él entiende como hacer oración, que la vida material, y sin embargo no puede negar que Dios bendice sus trabajos. La respuesta de Brochero pretende hacerle ver que a Dios le parece bien que él proceda como

los demás campesinos porque, por proceder así, ellos se dan por entendidos cuando les habla de Dios. Él bendice que se haga campesino y que le coloque a Dios dentro de esa vida y no como si fuera algo aparte. Más aún, que se hace campesino no como medio de vida sino como participación de ese mundo para ser cura para los campesinos. Si hemos entendido bien a Brochero, su estilo de vida forma parte de su consagración a Dios como cura de esos campesinos. Por eso su vida tiene una unidad tan grande. Él no participa estructuralmente (aunque comparta conceptos) de la división natural-sobrenatural, mundo-Dios, cuerpo-alma, esta vida-la otra vida. Él se encarna en esta vida, en este mundo, para conducirlo a Dios.

2.17 PÉSAME POR LA MUERTE DE UN AMIGO

Una carta de pésame, sobria, sentida y trascendente (489-490): “Ésta tiene por objeto manifestarle a Usted –y a todos sus hijos- la sorpresa y el pesar que me causó la ingrata noticia de la muerte de su esposo y amigo mío, Zacarías Villarreal./ En él he perdido yo un poderoso cooperador para mis obras materiales y para las obras de religión. ¿Y cuánto no han perdido los pobres con haber muerto él? ¿Y qué podré decir de la pérdida de Usted y la de todos sus hijos?” (489-490).

Como puede apreciarse a lo largo de toda la correspondencia, Brochero no adjetiva en vano, por pura floritura retórica ni por halagar. Los adjetivos califican realmente la situación. Por eso podemos estar seguros que la noticia de la muerte fue realmente ingrata para él, de tal modo que, además de la sorpresa, le causó pesar. Por eso la carta no se dirige sólo a solidarizarse con el dolor de la familia sino a compartir con ella el dolor por la muerte de su amigo.

Amante de la objetividad, va poniendo en escala ascendente lo que ha significado para diversas personas esa muerte: Él ha perdido un poderoso colaborador para sus obras, tanto materiales como espirituales, ambas cristianas. Podría pensarse que su pesar no es personal sino utilitario; pero no es así, si tomamos en cuenta que sus obras, emprendidas como cumplimiento de su oficio de cura, son su vida, no sólo porque la ocupan materialmente sino porque en ellas pone todos sus haberes, podemos decir su realización personal; no que las haga para realizarse, las hace, repitémoslo, porque forman parte de su responsabilidad como párroco, que es su vocación, su misión en la vida, aquello para lo que vive, lo que le hace vivir. Brochero tenía la habilidad de ligar a sus colaboradores personalmente, es decir, de manera que la cooperación fuera expresión de toda su persona. Por eso dice que el finado cooperó tanto en las obras materiales como en las de religión. Es decir, que la colaboración material fue expresión de su cristianismo.

Por eso piensa Brochero que más aún que él, han de sentir su pérdida los pobres, ya que el socorrerlos es parte principalísima de la responsabilidad cristiana, que él cumplía cabalmente. Es obvio que, si así era esa persona, los familiares son los que más han de sentir su partida.

La prueba de la calidad cristiana que Brochero veía en él es que dice que ofreció una misa por su alma “para que a ella se le aumente la gloria donde no me cabe duda la ha colocado Dios, Nuestro Señor, para pagarle sus méritos” (490). Que a un cura postridentino, de la restauración de la cristiandad, no le quepa la menor duda de que, al morir, Dios ha colocado a alguien en la gloria, es decir muchísimo.

Parecido dice de la hermana de otro amigo, religiosa de las Esclavas: “como el humo del incienso sube hasta Dios Nuestro Señor, así desde el lecho ha subido el alma de Javiera hacia Él, pues fue educada en religión por Mercedes Piñero, que sabía hacer entrar hasta el alma la doctrina de nuestro Cristo” (796). Lo que en otro contexto puede parecer una frase manida, en Brochero, que apenas tiene expresiones religiosas en sus cartas, es la expresión cabal de su expectativa confiada de que el alma de la religiosa haya subido derechamente a Dios como ofrenda agradable. Así como en la carta que reseñábamos, los motivos de su confianza eran las obras en beneficio de los demás y particularmente de los pobres, así en ésta se fija en la raíz de su vida, que aceptó ser moldeada por alguien que metía hasta el fondo del alma el modo de ser de Jesús. Como se ve, un elogio integral.

2.18 CARTA NO CONVENCIONAL EN LA CONSAGRACIÓN DE UN OBISPO

Carta personalísima a un obispo amigo a quien acaban de consagrar (521). El arranque no tiene nada de convencional; casi parecería un jarro de agua fría. El objeto de la carta, dice, “es felicitarme yo y no felicitar a Usted”. Se felicita por creer que es muy conveniente para la diócesis estar él al frente de ella. Pero no lo felicita “porque muy luego empezará a sorber los amargos tragos que le proporcionará su elevadísimo rango”. Brochero conoce la diócesis tanto en su calidad de párroco como de canónigo, dos visiones bastante complementarias, y sabe que, si un obispo quiere ejercer como verdadero pastor, se las van a poner muy difíciles. Él sabe que eso va a ser su amigo y por eso se felicita de que lo hayan puesto a él, porque eso es lo que se necesita. Pero, precisamente porque no va a obrar convencionalmente, le van a hacer sufrir muchísimo.

Indica una gran libertad espiritual y una verdadera amistad cristiana el que un cura se atreva a recordar la cruz de Cristo, inherente a todo auténtico

pastor, en el preciso momento en que todos lo felicitan, alaban e, incluso, adulan. Recordar que no asume una dignidad sino una carga, como decía de sí Agustín, es algo muy necesario, que casi nunca se hace. O, dicho de otra manera, que cuanto más elevado es el rango, y en Argentina el obispado de Córdoba es el más elevado, fuera del de Buenos Aires, más ardua es la responsabilidad porque hay que enderezar y encaminar muchas cosas que están enquistadas y sacralizadas.

A continuación ofrece lo que tiene o, mejor, se ofrece a sí mismo: “Ya sabe, mi Obispo, que ha de contar con toda mi voluntad, pues no tengo otro contingente con qué ayudarle ni otra cosa que ofrecerle”. Con sus sesenta y cinco años, Brochero piensa que sólo le queda la voluntad y se la ofrece completamente. Por lo menos algo puede confortarlo saber que lo tiene de su parte.

Para adelantar algún punto concreto que exprese lo fundado de su convicción del buen camino que va a tomar su amigo obispo, le expresa su satisfacción, conformidad y apoyo con tres medidas que le han dicho que va a implementar en el seminario.

Se despide del mismo modo no convencional y cordial que trasunta toda la carta: “Sin más, daráme la bendición hasta que tenga la dicha de besarle la Esposa y de echar un párrafo con la misma confianza que lo hacía cuando Usted no tenía Mitra”. Expresa, pues, la confianza de que sus relaciones van a ser las mismas, de que no se le va a subir la mitra a la cabeza y que van a poder hablar con la misma intimidad y lealtad, eso sí, tomando en cuenta Brochero de que ya es obispo, y por eso, la sencillez con la que le pide la bendición y quiere besarle el anillo.

2.19 SU MODO DE PROCEDER

Brochero está ya viejo y enfermo y le han puesto un cura que le ayude en la parroquia, a quien ha concedido todas las facultades, incluso ha pedido al obispo que lo nombre a él o que sea de hecho el párroco, manteniendo él sólo el título para las gestiones que está llevando a cabo del ramal ferroviario, ya que las hace a título de párroco de un pueblo de la zona. Pero el cura se queja al obispo de que Brochero le quita la libertad. Por eso el viejo párroco escribe varias cartas defendiéndose y negando de plano el alegato (639-644,658-659,665-666).

Además de especificar, según es su costumbre, los hechos, aduce su norma de proceder con la gente. Ésta es la que queremos considerar. La explicita así: “desde que pensé ordenarme ya me formé para mí el siguiente

axioma (él será un error) de no echar agua bendita, ni mostrar la Cruz al Diablo, siempre que él –como a San Martín de Porres- me llevase las piedras al pie de la obra, esto es, me ayudase a mis empresas que siempre me han parecido benéficas a mi Curato (y aun a otros). Por cuya razón, a los muchos sacerdotes (y no sacerdotes) –que innumerables veces me han increpado porque me juntaba y daba confianza a los señores A o B que eran tan escandalosos y pecadores-contestábales: ‘porque –a pesar de sus pecados y escándalos- me ayudan a mis benéficas empresas, y no me conviene hacerlos reventar con la cruz y el agua, porque perderé su concurso’” (640).

Creemos que este apunte revela lo más profundo, no sólo de su modo de proceder sino del sentido de lo que hacía. El trasfondo de su argumento es, si lo entendemos correctamente, que nadie es bueno o malo sino que sus obras lo hacen bueno o malo. Pero como nadie está ya ni confirmado en gracia ni irremisiblemente caído en pecado, cada obra va redefiniendo a la persona y configurándolo. Ése es el sentido del trascendental capítulo 18 de Ezequiel, que teoriza el paso de la responsabilidad colectiva a la responsabilidad personal. Si el modo humano de ser es ser siendo, lo que toca hacer al que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva, es ayudarle a que se comprometa en obras buenas. Tal vez todavía está comprometido también con otras malas, pero cuanto más a fondo se comprometa con las benéficas, más lo irán reconfigurando. Por eso, mejor que recriminarle lo malo, es enfrascarlo en lo bueno, de manera que eso lo vaya poseyendo cada vez más. Brochero, venimos insistiendo, es constructivo. A él le interesa que todos, si es posible, se vayan decantando por lo benéfico. Por eso él trata de comprometer en ello a personas que no se comprometerían en obras religiosas. A lo mejor con el tiempo accedan a entrar en esta dimensión. Pero por de pronto, están como Dios, contribuyendo a crear más posibilidades de vida.

¿No es eso lo que hacía Jesús? ¿No es acusado constantemente de estar en compañía de gente tenida como pecadores públicos? ¿No es eso lo que significa, entre otras cosas, la parábola de la semilla? ¿Qué sembrador siembra en el camino, donde la tierra endurecida no permite que entre la semilla, en terreno pedregoso, donde la tierra es tan poca que la semilla no va a fructificar, o donde hay zarzas que acabarán ahogando la semilla? La gente piadosa se resigna fácilmente a dar por perdida a la mayoría. Pero no Jesús, que es verdadero hermano de todos, ni Dios, que es su Padre materno. Tampoco Brochero. Él da a todos una oportunidad de ayudar al prójimo, y muchos le agradecen sinceramente que les dé esa oportunidad y la aprovechan. Por eso, como Jesús, resiste las murmuraciones de la gente bienpensante, que no raramente no se caracteriza por la misericordia.

La aplicación al cura ayudante es obvia: “siendo éste mi lema y no habiendo hecho hasta la fecha observación alguna a ninguna obra hecha o por hacer del Señor Acevedo ¿cómo puedo yo contradecirme a mí mismo coartando al Señor Acevedo la libertad para que haga lo bueno para mí y para los feligreses como me dice en la suya?” (640).

Que para él lo absoluto es el bien de la gente, reluce en otra carta en que zanja el asunto de la siguiente manera: “Las quejas mías y las de Acevedo ante Vuestra Señoría no las debe tener en cuenta, para dar siempre un buen Cura al Curato del Tránsito. El Tránsito no debe estar sin Acevedo. Conmigo quedaría mal servido y muy luego tendría que admitirme la renuncia” (659). En definitiva, no se trata, pues, de su honra o de prevalecer sobre nadie. Para ser consecuente con el norte de su vida, que es que la gente tenga vida, y más en concreto los feligreses a él encomendados, el obispo debe preferir al ayudante joven antes que a él, por muy amigo suyo que sea y por muy llena que esté su vida de méritos.

En cuanto a lo consustanciada con toda su persona que él entiende su dedicación sacerdotal, que no confunde con el papel de cura, valga esta expresión: “yo me felicitaría si Dios me saca de este planeta sentado confesando y explicando el Evangelio” (542). Él ha dedicado gran parte de su tiempo y energías a las obras materiales como parte de su ministerio, pero, al ver su vida reducida al mínimo, éste es para él, sin duda, la explicación del Evangelio de Jesucristo y la reconciliación de los seres humanos. Los Ejercicios, que tanto estimuló, unen ambas dimensiones ya que en su mayor parte son contemplaciones de la vida de Jesús y van encaminados al cambio de vida, expresado en la confesión y en el poner toda su vida en cumplir el designio de Dios, que es siempre una concreción de la construcción del mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios. Que la explicación del Evangelio, a la que se refiere, no es una frase hecha cuyo contenido equivale a la doctrina cristiana, sino que, sin excluirla, está centrada en la explicación de los cuatro evangelios, puede conjeturarse de que, como consta en su testamento (719), tenía, y lo tenía como un tesoro, un ejemplar de la primera traducción católica de la Biblia al castellano, llevada a cabo por el escolapio Scío de San Miguel e impresa en Valencia en 1793². Esto en un cura postridentino es sumamente llamativo e

² Las primeras traducciones completas de los originales hebreos y griegos fueron publicadas en la segunda mitad del siglo XVI y a principios del XVII fuera de España por los reformados Reina y Valera respectivamente. Para la de Scío, realizada bajo el patrocinio de Carlos III, fue necesario un decreto de Roma permitiendo la traducción de la Biblia a lenguas vernáculas (1757) y otro de la inquisición española autorizándola (1783). Esta traducción fue de la Vulgata latina. En la primera mitad del XIX hubo otra traducción de Torres Amat y a fin de siglo la del presbiteriano Pratt.

indica, lo que hemos mencionado a propósito de cada una de las facetas de su vida: su trascendencia.

Así le vemos en la brecha, aun estando retirado ya. Dice al obispo: “Si Usted tiene la dignación de escribirme, dirija su carta a Santa Rosa, y no al lugar en que fecho la presente, donde estoy confesando y predicando a unas gentes llenas de fe, y aun haciendo sembrar también” (687). Brochero siempre es capaz de ver la gracia de Dios derramada sobre los pobres. Ello le conforta, y le admira que él también pueda contribuir a incrementar esta fe, es decir, a sembrarla con Dios o a sembrarla Dios por su medio.

2.20 EN MANOS DE DIOS CUANDO YA NO TIENE MANOS

Está enfermo de lepra y casi ciego y ha dejado el curato y salido del Tránsito para no retraer, por causa de su enfermedad, a los feligreses de los sacramentos (672). El obispo le ha escrito que el nuevo cura le dé el tercio de sus ingresos (recuérdese que eso es lo que ofrecía Brochero a sus ayudantes). En su respuesta al obispo da dos razones muy elocuentes: “esa 3ª parte no me hace falta, porque si Dios da a los pájaros el aire y a los árboles del campo lo necesario para que se alimenten y se vistan mejor que Salomón, ¿con cuánta más razón me dará ambas cosas a mí que soy su hijo legítimo y que me ha dado dotes para que siembre e hile, y que no soy simple criatura como las mencionadas?/ Le confieso que hoy rechazo esas 3as. partes: 1º por las razones dichas; y 2º por imponerlas al curato más pobre de la Diócesis. Si Vuestra Señoría me hubiese dicho: ‘la Curia Episcopal le dará alguna mensualidad’, tal vez –y sin tal vez- me habría agradado y le habría aceptado” (686).

Brochero está inválido, y lo que es peor, alejado de todos, por la lepra, además de viejo y pobre. Él, que tan raramente había ofrecido los motivos de su vida, ahora nos revela su secreto: Él es hijo legítimo de Dios y confía plenamente en su providencia. Está en sus manos y confía en que Dios no lo abandonará. Dios cuida de todas sus criaturas, pero a él como ser humano le dio dotes para que velara por sí, es decir, le dio la creatividad necesaria para que velara con suficiencia por su vida. Esto lo dice cuando, al parecer, ya no tiene esas dotes; cuando, por el contrario, necesita que lo sirvan. De todos modos, él sabe que es mucho más que criatura: hijo verdadero de Dios. No estar angustiado en esa invalidez es la mayor prueba de que su vida había estado siempre en manos de Dios y ahora lo estaba doblemente.

Pero además le dice otra cosa mucho más de admirar en su estado. Él ciertamente necesita, pero no se puede dar a uno, quitando a otros de lo necesario. Él quiere como verdadero padre a sus feligreses, y, por eso, prefiere verse privado él de lo indispensable antes de que se les exprima a ellos. El

episcopado de Córdoba tiene que tener recursos. Aceptaría de buena gana esa ayuda de su diócesis, a la que tan desinteresadamente ha servido toda la vida. La aceptaría con agrado porque la vería como una prenda de afecto fraternal. Pero no puede aceptar que se exprese a sus feligreses por quienes ha dado su vida.

Así lo dice en una carta escrita desde su pueblo natal: “salude a los pocos que se acuerden de mí, diciéndoles que yo no me olvido de todos, porque con ellos acabé mis vistas en ceguera para prosperar a San Alberto” (707). Ya no puede ver a sus feligreses, pero los lleva en su corazón, a todos, a los que se acuerdan de él y a los que ya lo hayan olvidado, porque para alumbrarlos se consumió su vida como una llama. Se ha fundido a ellos, forma con ellos un solo cuerpo. Ya nada podrá separarlo de ellos.

La entrega en manos de Dios resplandece en la carta al compadre de todos sus años de cura, que, al parecer, se encuentra bastante enfermo: “En fin, mi amigo, yo, Usted y todos los hombres somos de Dios en el cuerpo y en el alma. El es el que nos conserva los 5 sentidos del cuerpo y las tres potencias del alma, y el mismo Dios es quien inutiliza algunos o todos los sentidos del cuerpo, y lo mismo hace con las potencias del alma. Yo estoy muy conforme con lo que ha hecho conmigo relativamente a la vista y le doy muchas gracias por ello. Cuando yo pude servir a la humanidad me conservó íntegros y robustos mis sentidos y potencia. Hoy, que ya no puedo, me ha inutilizado uno de los sentidos del cuerpo. En este mundo no hay gloria cumplida, y estamos llenos de miserias” (713).

Brochero declara a su amigo su credo: todos somos de Dios. Esto puede entenderse de dos modos: que estamos para servirle, en el sentido de servirse él de nosotros, de disponer despóticamente de nosotros, o que estamos completamente en sus manos paternas para cumplir la misión que, como Padre, él nos ha asignado, porque sabe que esa misión es nuestra gloria, nuestra plenificación y alegría. Es obvio que para Brochero la verdad es lo segundo. Somos de Dios significa que nada podrá separarnos de su amor providente. Brochero es una persona limitada, que no pretende escudriñar por qué hace Dios las cosas. Él simplemente se fía de Dios. Repasando su vida, ve con alegría y agradecimiento que Dios lo ha dotado espléndidamente para que sirviera a los seres humanos. Cuando vio que ya había dado de sí, quiso inutilizarle uno de los sentidos. Claro está que Brochero sabe que no es que Dios lo haga directamente, él expresa simplemente su fe de que el que esté leproso y ciego no es que Dios lo haya abandonado ni castigado sino que forma parte de su designio amoroso, es decir, que Dios espera que su hijo se aproveche de ello, que con ello siga creciendo en su condición de hijo, que es un rasgo fundamental de su condición humana. Como él ha sido capaz de encontrar el

sentido a sus males, está muy conforme con que Dios lo haya privado de la vista y le de gracias a Dios. La ceguera y la lepra no dejan de ser males. Por eso dice que en este mundo no hay gloria cumplida y que estamos llenos de miserias. Por supuesto que le duele no poder valerse por sí mismo, él que ha sido siempre tan dueño de sí y tan disponedor de todo. Pero sabe que esas limitaciones tiene que tomarlas también como dones de Dios, es decir, como caminos para su aprovechamiento espiritual. Por eso es capaz de darle gracias a Dios por ellas. Ese torrente impetuoso de acción creadora se convierte ahora en un remanso de paz agradecida. El coloso que se relacionaba con presidentes, gobernadores y ministros, con las fuerzas vivas de su provincia y región y que movilizaba a la gente popular, se encuentra inmóvil y recluso, pero continúa relacionándose a una profundidad mucho mayor: exponiendo su secreto, encomendándolos a Dios y llevándolos en su corazón.

2.21 DE LA VIDA ACTIVA A LA VIDA PASIVA, QUE ES LA MÁXIMA ACTIVIDAD

Escribe al compañero suyo de ordenación, a quien tres años antes hicieron primer obispo de Santiago del Estero, “porque tres veces he soñado que he estado en funciones religiosas junto contigo, y también porque el 4 del entrante enteramos 47 años a que nos eligió Dios para príncipes de su corte, de lo cual le doy siempre gracias a Dios, y no dejo ni dejaré aquellas cortitas oraciones que he hecho a Dios a fin de que nos veamos juntos en el grupo de apóstoles en la metrópoli celestial” (802).

Le escribe con la confianza con la que trata a los de su grupo de referencia, por eso comienza diciéndole: “Mi querido” (801). Más aún, estando en vísperas de su muerte (murió dos meses después), se anima a revelarle el estado en que se encuentra, comparándolo con lo que él se prometía a sí mismo cuando era joven. Así comienza la carta: “Recordarás que yo sabía decir de mí mismo que iba a ser tan enérgico siempre como el caballo chasche que se murió galopando. Pero jamás tuve presente que Dios Nuestro Señor es –y era– quien vivifica y mortifica, y da las energías físicas y morales, y quien las quita” (id). En este recuento su vida aparece como el paso de disponer de sí, aunque sea para la obra de Dios, a dejarse conducir por Dios, que debe llevar siempre la voz cantante. Podemos ver a Brochero en vísperas de ordenarse, lleno de energías y confiando que nunca le faltarían y que moriría en pleno trabajo pastoral.

Ha sido completamente distinto: “yo estoy ciego casi al remate, y apenas distingo la luz del día, y no puedo verme ni mis manos. A más, estoy casi sin tacto desde los codos hasta la punta de los dedos, y de las rodillas hasta los pies.

Y así, otra persona me tiene que vestir o prenderme la ropa” (801-802). En ninguna carta ha aparecido una descripción tan extensa y expresiva de su estado físico. Como siempre, priva lo objetivo, no hay adjetivaciones. Eso, paradójicamente, hace más viva y punzante la descripción. No habla de cómo le afecta; no hace falta porque antes había dicho que lo que le sucede lo toma como venido de la mano de Dios. Le sucede, de otro modo más literal aún, lo que Jesús vaticinó a Pedro: que cuando fuera viejo otro lo ceñiría y llevaría a donde él no habría querido ir. El enérgico Brochero, que había concitado tantas voluntades, que había reunido en torno a sí tantas personas para objetivos prolongados de mejora social y espiritual, literalmente en manos de los demás.

Es patético y conmovedor ver cómo decía la misa en esas circunstancias: “la digo de memoria y es aquella de la Virgen cuyo Evangelio es *‘extollens quaedam mulier de turba...’*. Para partir la Hostia consagrada y para poner en medio del corporal la hijuela cuadrada, llamo al ayudante para que me indique que la Forma la he tomado bien para que se parta por donde la he señalado, y que la hijuela cuadrada está en el centro del corporal para poderlo doblar. Me cuesta mucho hincarme y muchísimo más el levantarme a pesar de tomarme de la mesa del altar” (802). Brochero muriéndose al pie del cañón (cf 541-542), como lo había deseado siempre. Brochero, hostia viva inmolándose con Jesús. Haciendo un esfuerzo supremo, pero haciendo lo que debe hacer, lo que quiere hacer, haciéndolo con sencillez, poniendo todos los medios simplemente para hacerlo.

Después de esta descripción, objetivamente patética, pero contada con toda sencillez, candorosa y humildemente, viene la expresión del modo como asume su invalidez física. Dios ha quebrado todas sus previsiones, ha echado por tierra sus pretensiones: “Ya ves el estado a que ha quedado el chesche, el enérgico y el brioso”. No hay ninguna autoconmiseración, menos aún amargura: “es un grandísimo favor el que me ha hecho Dios Nuestro Señor en desocuparme por completo de la vida activa y dejarme con la vida pasiva, Quiero decir, que Dios me da la ocupación de buscar mi fin y de orar por los hombres pasados, por los presentes y por los que han de venir hasta el fin del mundo” (id). ¿Por qué es un favor? Para que se concentre en lo esencial. Él lo nombra como buscar su fin. Su fin, su muerte, está viniendo solo, viene al galope. Pero él tiene que buscarlo, es decir, tiene que hacer de su muerte su obra más consumada, tiene que hacer de ella el tránsito a la eternidad, que es el fin para el que Dios lo creó y Cristo lo redimió. Claro está que viviendo su ministerio, estaba buscando su fin. Pero Dios quería que en esa última hora se concentrara más en él, lo tematizara hasta tenerlo siempre presente. Para Brochero ése es un gran favor que Dios le ha hecho. Pero, como lleva a los

demás en su corazón, cuando se queda solo, descubre que no puede buscar su fin apartándolos a ellos. Ellos no estorban para este fin último sino que forman parte de él. Y por eso, esa su oración universal desplegada en el tiempo.

Pero para que el amigo no interprete este último favor de Dios como pasar a un estado más perfecto que el de él, viene la comparación con su ministerio: “No ha hecho así contigo Dios Nuestro Señor que te ha cargado con el enorme peso de la Mitra hasta que te saque de este mundo, porque te ha considerado más hombre que yo, por no decirte en tu cara que has sido y sos más virtuoso que yo” (id). Realmente que Brochero es un hombre humilde. Él cree de corazón en lo que dice. Él piensa que Dios no lo dejó hasta el fin en el curato porque necesitaba trabajarlo más intensamente, pulirlo más detenidamente. Para eso le envió la enfermedad y la invalidez. El obispo, como es más virtuoso que él, puede quedarse hasta el fin en la vida activa, porque en ella es capaz de llegar a la consumación.

2.22 RECIBIR DE SUS FELIGRESES, DA LA MEDIDA DE SU MADUREZ CRISTIANA

La última carta de la colección es la que faltaba para completar la semblanza espiritual de Brochero. Para entrar a su sentido en la biografía de Brochero, permítaseme un apunte personal: mi papá decía que los padres son para los hijos y no los hijos para los padres, y por eso no aceptaba nada de ellos y, viviendo de una modesta pensión, quería pagar siempre, aunque los hijos pudieran hacerlo con toda comodidad. Sin embargo, en los últimos años de su vida se puso enfermo y los hijos tenían hasta que sacarlo a pasear. Él lo agradecía con toda sencillez, como si cada vez se sorprendiera de su obsequio. Yo consideré que el tener que ponerse en sus manos fue la última bondad que le hizo Dios porque era lo que le faltaba para llegar a ser plenamente humano. Creo que lo mismo le pasó a Brochero.

Él siempre había trabajado en bien de los demás. Se gloriaba de haber perdido la salud y la vista en esos menesteres. Incluso con gusto había pasado muchas veces pena, la pena de pedir a organismos oficiales, porque era en bien de ellos. Por eso ahora, cuando los parroquianos le dan un donativo, “resolví no aceptar el obsequio de Ustedes y devolverle el cheque” (803). Es el orgullo del padre munificentemente.

Sin embargo, llevado por su afán de objetivarse y acertar, ya que se encuentra ante una novedad en su vida que lo confunde, lee la carta a su cuñado y él le asegura que debe aceptar. Como vive en su casa no se conformó con su dictamen, por sospechar que pudiera ser interesado. Por eso pregunta al párroco, a su ayudante, a la superiora de las Esclavas y a otros amigos, que piensa son de

buen juicio, y “el veredicto unánime de todos fue que debía aceptar el valor contenido en el cheque a fin de que ninguno de los contribuyentes se diese por desairado” (804). Él obviamente no había pensado que su no aceptación podría tener esa interpretación. Ya que, por supuesto, desairarlos sería lo último para él. Por eso, concluye, “me he visto obligado a aceptar la suma mandada, porque yo debo estar en el error, y las personas consultadas deben estar en la verdad” (id).

A él le da una vergüenza infinita recibir la suma, pero prefiere seguir el parecer de ellos al suyo, porque le parece que, aunque no entienda sus argumentos, deben estar en la verdad. El que se había puesto físicamente en manos de otros también acepta seguir las razones de otros. Cosa que es más profunda y difícil.

Por eso acaba mostrando todo su agradecimiento: “Diga, pues, a sus compañeros de suscripción que quedo sumamente agradecido a su generosa bondad”. Palabras extremadamente encomiásticas en el estilo de Brochero.

Como deformación profesional, él que había publicado los nombres de los donantes para sus obras, “para que a ellos les llegue una especie de constancia oficial” le envía a cada uno un papelito. Pero, sobre todo, para no recibir sin dar nada, como reciprocidad de dones, les avisa que va a celebrar una misa y en el momento de vivos pedirá por la felicidad de los donantes y sus familias y en el de difuntos por el eterno descanso de sus familiares.

En la despedida descubre el secreto de su sorpresa: “También les dirá que yo me he considerado siempre muy rico, porque la riqueza de una persona no consiste en la multitud de miles de pesos que posee, sino en la falta de necesidades, y que yo tengo muy pocas, y éstas me las satisface Dios por sí mismo, y las otras por medio de otras personas, como son las relativas a la vista, las relativas a vestirme, prenderme...” (id). Le salía rechazar los pesos porque creía que no los necesitaba. Cuando eran para sus obras o para los pobres, sí sabía darles uso, pero ahora que son para él, no sabe qué hacer con ellos. Por eso no quiere aceptarlos. Tiene muy pocas necesidades y éstas ya las tiene satisfechas: se las satisface Dios, directamente o por medio de sus allegados. Como ha estado dedicado a los demás, no ha tenido tiempo de preocuparse de sí mismo y no se le han desarrollado necesidades, digamos, artificiales. Por eso sólo tiene las necesidades más elementales fisiológicas o las más íntimas, como la necesidad de reconocimiento y compañía, que se las satisface Dios directamente y por medio de sus allegados y feligreses.

Rico es quien nada necesita, no porque ha ido estrechando el horizonte de su vida sino porque se ha trascendido y encuentra su realización en Dios y en los demás, en la entrega a ellos como respuesta de la entrega de Dios a él y

también de la entrega de quienes lo han ayudado a crecer. Esa falta de necesidades personales es la que le ha posibilitado ser canal de tanta plata de tantas personas para obras comunes. Esta transparencia ha permitido que los demás confiaran en él, por captarlo, como hemos dicho tantas veces, como una persona entregada a ellos, de ellos. Al recibir ese último obsequio descubre a quien se lo da, la raíz trascendente de su generosidad.

III BROCHERO COMO MAESTRO ESPIRITUAL

Hemos leído cuidadosamente y anotado las casi ochocientas páginas de cartas del Cura Brochero. Hemos analizado en las páginas precedentes unas cuantas muy representativas para nuestro propósito, aunque no las únicas ni mucho menos. Después de este recorrido, volvemos a preguntarnos si, a través de ellas, podemos considerar a Gabriel Brochero como un maestro espiritual.

Ante todo queremos acotar que muy pocas cartas tienen como contenido lo que convencionalmente se llama vida interior. Casi todas son cartas de asuntos o, a lo más, de relaciones. Más aún, son contadas las que tratan de un tema expresamente religioso, incluso no son frecuentes las meras alusiones, que, sin embargo, sí suelen hacerse presentes en las cartas de un cristiano medio de su época. Más todavía, dudamos que haya otro párroco contemporáneo suyo en América Latina que en una colección tan extensa de cartas tenga tan poquísimas referencias religiosas. Nos parece que esas referencias eran prácticamente obligadas en la correspondencia de un párroco; eran, digamos, una marca profesional, independiente de sus actitudes más personales. Por eso impresiona tanto que se omitan completamente como fórmula de cortesía para saludar o despedirse, que no se incluyan para situar los asuntos en un contexto trascendente, para referirlos, digámoslo convencionalmente, a la providencia de Dios, o para motivar a un compromiso a favor del bien común o de la Iglesia. Por eso, si decimos que sí es un maestro espiritual, tenemos que añadir que es un maestro bastante atípico, nada convencional.

Llama más la atención este silencio porque Brochero no es de ningún modo un cristiano secularizado, como lo serán después tantos cristianos modernos o como, tal vez, lo fueron en su tiempo algunos cristianos liberales. Los Ejercicios Espirituales y las confesiones fueron dos dedicaciones suyas enteramente sobresalientes, además de la celebración de la santa misa.

Entonces ¿por qué en su correspondencia es tan parco en nombrar a Dios y a motivaciones religiosas?

Ante todo expresemos nuestro convencimiento de que Brochero sí es un maestro espiritual. Al sintetizar su fisonomía esperamos que aparecerá claro el por qué de esa extrema discreción.

Brochero es excepcional como “animal de realidades”³. En los asuntos se mueve a este nivel, tanto al nivel de su propia realidad, como al de la realidad de lo que trata y de aquellos con quienes trata. ¿Qué implica esto? Respecto de él, que no se mueve a nivel de filias y fobias ni al del propio interés o gusto o deseo o complacencia o prestigio. Con realismo expresa lo que siente o lo connota, pero trata de dar razones objetivas, incluso en todo momento es evidente su determinación de no moverse por su impulso sino por el corazón en sentido bíblico, es decir, a partir de lo que constituye la fuente de su vida.

Cuando en alguna situación ha empleado un tono no adecuado, producto de un impulso suyo, de una carga emocional, que ha podido distorsionar la exposición objetiva, se acusa a sí mismo con toda crudeza y pide disculpas. Más aún, cuando ha tomado alguna resolución producto de una carga emotiva que lo ha bloqueado. En esos casos manifiesta sin ningún paliativo lo errado que estuvo.

Es fundamental para él que reluzca la verdad, en el sentido fenomenológico de que se dé lugar a las cosas para que se manifiesten y aflore la realidad de las situaciones. Lo mismo sucede respecto de los asuntos que trata: procura describirlos con la mayor objetividad posible, dando elementos para que el destinatario se forme una opinión fundada para decidir en base a elementos objetivos. Pero además tiene en cuenta al destinatario. Tanto en el tono de la carta, como en el de hacerse cargo de la manera como a él lo afecta o incumbe el asunto.

Para él, y creo que para los demás, resulta claro que lo que emprende lo hace como parte de su misión de cura. Es el estar centrado en la misión, el objetivarse en ella, el dejar lo particular para estar absorbido por esa misión, lo que lo lleva a vivir en la realidad, a ser tan absolutamente terrenal, a no distraerse sino ir siempre al grano, a hacerse cargo de la realidad humana de su curato en todos los niveles, a procurar, según la formulación de la *Populum progressio* recogida en la Introducción de Medellín, que se pase de condiciones de vida menos humanas a más humanas con todas las especificaciones de la

³ En la antropología zubiriana significa que es un ser humano, en el sentido propiamente humano, es decir, un ser humano que se consume como humano, y por tanto, paradójicamente, excepcional; pero no hemos elegido esta expresión por afán de erudición sino porque retrata con toda propiedad el modo humano de ser del cura Brochero y porque esta impronta me parece que da en la médula de la propuesta cristiana, de su dificultad y de su grandeza

encíclica, desde los medios de vida hasta el fomento de la condición filial y fraterna⁴. Esto es, a nuestro modo de ver, lo central.

Brochero hace mucho hincapié en la infraestructura vial y, no menos, en el fortalecimiento institucional, tanto la construcción y funcionamiento expedito de las capillas en cada aldea, como las instituciones educativas, especialmente el internado para muchachas, tanto la construcción como la dotación y la marcha lo más expedita posible.

También es esencial para él, como el alma de todo lo demás, la conversión y fortalecimiento de la vida cristiana de sus feligreses, sin dar a nadie por perdido y tratando de que todos asuman con coraje, creatividad y perseverancia su responsabilidad personal, en la familia y respecto de la comunidad. A eso van dirigidos los Ejercicios Espirituales, tan decisivos en su estrategia que construyó una gran casa para que, sobre todo, los varones de toda la comarca, pudieran hacerlos en régimen de internado. En ellos y fuera de ellos era vital para él la práctica de la confesión, a la que dedicó muchísimo tiempo con gran fruto; y en general prodigó las pláticas en orden a la animación espiritual. Por supuesto, las cartas evidencian que llevó siempre con meticulosidad todo lo relativo a su cargo de párroco. Y nunca le faltó tiempo para la ayuda puntual a los necesitados que acudían a él.

Después de este recorrido hay que volver a insistir en que gran parte de su tiempo y energías los gastó en todo lo que podía ayudar al progreso de sus parroquianos, a “Evangelio-Escuelas-Caminos”, como rezaba la medalla que le entregaron al dejar el curato. En este lema la construcción y dotación de escuelas y el desvelo por su funcionamiento cualitativo, y la construcción y el ensanchamiento de los caminos y el proyecto del ramal de ferrocarril, sería la

⁴ Transcribimos el texto completo para que se vea cómo se ajusta a la vida del cura Brochero: “Así como otrora Israel, el primer Pueblo de Dios, experimentaba la presencia salvífica de Dios cuando lo liberaba de la opresión de Egipto, cuando lo hacía pasar el mar y lo conducía hacia la tierra de la promesa, así también nosotros, nuevo pueblo de Dios, no podemos dejar de sentir su paso que salva, cuando se da “El verdadero desarrollo, que es para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas, a condiciones más humanas. Menos humanas: las carencias materiales de los que están privados del minimum vital y las carencias morales de los que están mutilados por el egoísmo. Menos humanas: las estructuras opresoras, que provienen del abuso del tener y del abuso del poder, de las explotaciones de los trabajadores o de la injusticia de las transacciones. Más humanas: el remontarse de la miseria a la posesión de lo necesario, la victoria sobre las calamidades sociales, la ampliación de los conocimientos, la adquisición de la cultura. Más humanas también: el aumento en la consideración de la dignidad de los demás, la orientación hacia el espíritu de pobreza, la cooperación en el bien común, la voluntad de paz. Más humanas todavía: el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos, y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin. Más humanas, por fin, y especialmente, la fe, don de Dios acogido por la buena voluntad de los hombres, y la unidad en la caridad de Cristo, que nos llama a todos a participar, como hijos, en la vida del Dios vivo, Padre de todos los hombres” [PP 20 y 21].” (Medellín Introducción nº 6)

plasmación de su obra civilizatoria, y la evangelización, el alma de esas empresas, sin la que resultan no sólo inviables sino inconcebibles.

Para todo este trabajo civilizatorio busca involucrar a la mayor cantidad posible de gente, tanto para que aporte económicamente, como para que gestione y ejecute las obras. Mueve también todas sus influencias con funcionarios hasta los más altos niveles y con gente de relaciones.

El estar centrado y objetivado en todo esto me parece una primera excelencia. Es una persona de una sola pieza: muy bien dotada, muy rica, pero de una profunda unidad. Eso trae como resultado que todas sus potencialidades se agiganten y también que afloren sus limitaciones. A veces se siente ahogado, otras, incomprendido o utilizado, alguna vez se resiente de la desafección o de que no se tomen en cuenta sus peticiones. Pero en todo caso predomina esa objetivación en lo que tiene entre manos, dando no sólo lo mejor de sí sino yendo más allá de sí mismo, trascendiéndose. El inclinarse ante la realidad que tiene entre manos es un ejercicio formidable de ascética y de amor a los demás.

Su afán por hacer justicia a la realidad, y el considerar que en su transformación plenificadora se juega la docilidad al Espíritu y la fidelidad a su misión, lo lleva a mantenerse a ese nivel sin dar saltos apresurados a niveles trascendentes, que llevarían a la conclusión errada de que el nivel de la realidad no era decisivo y que el valor sobrevenía de la tematización de lo religioso.

Él puede decir, como síntesis de su misión, lo que puso el cuarto evangelio en boca de Jesús: que vino para que tengan vida y la tengan en abundancia (Jn 10,10). Y, haciéndolo, recibió él esa misma vida que propiciaba. Porque así como en el terreno de lo útil lo que uno da, lo pierde, en lo valioso, sólo se tiene lo que se da. En el cuarto evangelio esa vida no era riquezas ni poder ni seducción; esa vida era vida humana: humanidad en el sentido de calidad humana en todos sus armónicos. En definitiva, relaciones: la vida fraterna de las hijas y los hijos de Dios. Y, en ese sentido, vida eterna: la vida de los hijos de Dios en su Hijo único y eterno Jesús.

Pero una vida que se expresa en este mundo y, por eso, una vida no acosmística, no la convencionalmente llamada vida interior, sino una vida encarnada en este mundo y que, por eso, abarcaba que la gente pudiera satisfacer sus necesidades (“denles ustedes de comer”, dice Jesús a sus discípulos: Mc 6,37) y a eso se debe su afán por crear condiciones para el fomento de la producción y circulación de bienes; pero, más todavía, su esfuerzo por hacerlo de tal modo que ellos mismos fueran sujetos de esa posibilidad de vida, para que, con el trabajo productivo y mancomunado, ellos mismos se pusieran a valer y que lo hicieran dando cada quien lo mejor, pero mancomunadamente, de manera que se conjugara el incremento de la

condición de sujeto y la ayuda mutua. A ese mismo fin de la valorización del sujeto y del fomento de la comunitariedad se dirigieron sus esfuerzos tan tenaces en pro de la educación, sobre todo, de niñas y adolescentes. Por eso en la carta en la que pide al gobernador una subvención para el colegio porque en él estudian noventa niñas gratis, le arguye, como argumento complementario, que el colegio está a la altura de “las aspiraciones de nuestra culta Córdoba” (271), y como prueba de su aserto expresa que, entre otras cosas, cuenta con un planetario traído de París que funciona automáticamente y que las muchachas saben francés y tocan piano.

Para él era claro que la colaboración en esas obras de bien común, que él busca con tanta asiduidad y la sostiene tan tenazmente y la agradece tan pública y reiteradamente, valorizaba al sujeto, en el sentido preciso de la orientación a la fraternidad de las hijas e hijos de Dios. Y por eso invitaba a todos a esta tarea, no excluía a nadie y trabajaba con gran tenacidad y paciencia porque no decayeran los ánimos hasta que las obras llegaran a término. Y nunca faltaba alguna obra en que emplear la generosidad y el ingenio, el trabajo productivo y la colaboración vecinal.

Gran parte de la salida de sí, de la ascética y la mortificación, que la ascética postridentina la ponía en privaciones voluntarias y otros ejercicios al margen de la vida, la ponía el cura Brochero en la participación en estas obras de utilidad común. Por eso ellas formaban parte importante de su misión pastoral ya que en ellas se ejercitaba el vencimiento propio y la salida de sí, al buscar, no la ganancia privada sino el bien común en el que se realizaba lo propio y, como motor de todo, la caridad fraterna. Ahí, en la obra común, se limaban las rivalidades, que se convertían en emulación, y la malquerencia y enemistades, que se convertían en colaboración en lo de todos, en lo que se trascendían.

Todo esto tan terrenal y, sobre todo, tan humano, es la carne y sangre de la misión de Brochero. Pero el alma y el motor de todo fue, repitémoslo, la recta y asidua relación con Dios. Por eso, la casa de Ejercicios estuvo desde el comienzo en sus planes. También en este punto fue clarividente. No consideró que bastaba con la pastoral consuetudinaria. Como él se propuso dar un salto en el nivel de vida de la región para que la gente dejara su pobreza franciscana sin dejar su franciscanismo, es decir, su referencia al Creador y su entrega a Jesús, consideró que era imprescindible un refuerzo en la vida espiritual que lo posibilitara. Como había que romper inercias de todo tipo, desde las más temperamentales hasta las de la costumbre y, de modo más general, la del establecimiento, que tendía a perpetuar todo tal como se encontraba, había que incrementar de modo drástico la relación con Dios y con Jesús, de manera que

esas relaciones fundantes dinamizaran lo demás, ante todo relativizando lo que se había absolutizado, ya que en los Ejercicios aparecía que el único absoluto es Dios y su designio sobre la humanidad: la relación con él como hijos y, consiguientemente, la relación fraterna con los demás.

Al repristinar la relación con Dios y la fraternidad con los demás, todo lo demás se relativizaba, había que usarlo, tomando la formulación de los Ejercicios, “tanto cuanto” condujera a ese fin de hacerse más hijos y hermanos, y, por eso cabía concebir mejoras para el caserío, el municipio y la región, y emplear las energías personales en esas iniciativas del cura, que contribuían a renovarlo todo.

Lo que unía más explícitamente lo religioso y el progreso humano era la construcción de capillas en lugares muy bien situados, favorables para el asentamiento humano. Él sabía que el lugar de la capilla se iría poblando y así se reuniría la población dispersa, con las ventajas de esa vida compartida. Pero a la vez se fomentaría la asistencia a la capilla y el cultivo de la vida cristiana. Ambas vertientes conducían a lo mismo.

Para Brochero era claro que sólo la revitalización a fondo del cristianismo conduciría a que ellos se dieran mancomunadamente más vida y a que esa vida fuera más humana según el paradigma de Jesús de Nazaret. Y era un diagnóstico acertado. La modernización que se llevaba a cabo en ese siglo y que eclosionaría en el siguiente tendía a la expansión de las fuerzas productivas desde el individualismo, y por eso el resultado ha sido una gran creación de riqueza, pero, no menos, su apropiación cada vez en menos manos y la opresión de las mayorías a manos de esos pocos, con el amparo, casi siempre, del Estado.

El esfuerzo modernizador y civilizatorio del cura Brochero fue una verdadera alternativa respecto de lo que las élites propugnaban en la Argentina de entonces. Él partió de las declaraciones a favor del progreso de los políticos argentinos de la época para pedirles su concurso como gobernantes a las obras que emprendía. Su sentido de realidad le llevó a exponerles que, apoyándolo en esas obras de progreso, se ganarían la voluntad de sus sufragantes. Pero, sobre todo, les insistía que su modo de producción mancomunado les convenía como gobernantes porque haciéndolo el pueblo organizado y no una empresa privada, saldría muchísimo más barato y además, como ellos conocían el terreno y era para su usufructo, lo iban a trabajar lo mejor posible. Los políticos quedaban bien a mucho menos costo pecuniario.

Pero, sobre todo, quienes salían ganando eran los campesinos, que tomaban conciencia de sus capacidades y posibilidades porque, aunque el Estado ayudara, eran ellos quienes habían sido capaces de construirlo todo

como pueblo organizado. El que más colaboraba, más se cualificaba y se ponía a valer ante sus vecinos.

El cura Brochero admiraba con toda razón lo colaboradores y progresistas que eran sus parroquianos, el que siempre estuvieran dispuestos a entrarle a los trabajos. Pero, ese ingente esfuerzo mancomunado, tan sostenido en el tiempo, ¿hubiera podido proponerlo, inspirarlo, animarlo y dirigirlo otro que el cura Brochero? El ascendiente humano era impresionante, ¿pero no fue imprescindible que el que lo propusiera fuera el cura y precisamente un cura no clerical, un cura, como lo dice el mismo nombre, cuya vida fue cuidarlos a ellos de manera que crecieran en todos los aspectos, preocuparse porque tuvieran vida de un modo integral, desde la vida que da Dios? De cualquier otro ¿no habrían pensado, aunque no fuera cierto, que tenía miras interesadas, que era un cacique o trabajaba en nombre de una parcialidad? Ahora bien, ¿no habrían pensado lo mismo, y con razón, si Brochero hubiera sido un cura clerical? ¿No era claro para todos que Brochero no trabajaba para la Iglesia, en el sentido restringido de la institución eclesiástica, sino para el bien de ellos, porque era su cura?

Que ése era el norte absoluto de sus trabajos, de sus desvelos y de su vida, se muestra en la decisión de dejar a los políticos con los que había trabajado toda la vida, que además varios habían sido sus discípulos y amigos del alma, cuando se convenció de que ellos a esas alturas de la historia no representaban más que intereses oligárquicos, que el desarrollo que proponían estaba ligado al gran capital y en definitiva al imperialismo inglés. Cuando se percató que ellos nunca atenderían los intereses de la gente de provincia, de la gente popular laboriosa y progresista, que eran su propia gente, más aún, que la estaban sacrificando al gran capital agroexportador, sobre todo porteño, apoyó, públicamente a Yrigoyen, cosa que nunca había hecho con ningún otro político, pensando que él, patrocinando la entrada en escena del pueblo, representaba el fin de esa era oligárquica y un adecentamiento de la política.

Este mismo sentido alternativo reluce en los indultos que procuró con gran tenacidad, aunque en vano, tanto del montonero Santos Guayama como de un grupo de presos de la cárcel de Córdoba con motivo del comienzo de siglo. Él era inequívocamente una persona que había apostado por el progreso de la gente, no alguien nostálgico que vegetaba en lo tradicional. Como expresa, se pasó treinta y cinco años de “esfuerzos civilizadores” (448) en su curato. Por eso, el que gastara tantas energías en lograr el indulto para el montonero indica que tenía el mismo corazón del Buen Pastor, que no escatima ningún trabajo para buscar la oveja perdida. Porque un cristiano verdadero no podía resignarse

a un progreso de unos argentinos a costa de otros. Pero el sentido trascendente de su empresa, que da la medida de su respeto por el montonero y los suyos y por su esperanza en su reinserción, previa rehabilitación, está en su propuesta de que viniera él con trescientos de sus hombres a hacer Ejercicios a El Tránsito. Y la prueba de que no era una propuesta retórica está en que Guayama la tomó en serio y convino en que sí iba a ir. El que no estuvo a la altura fue el orden establecido, representado por el gobernador que lo fusiló tras un juicio sumarísimo, dando al traste con este proceso de rehabilitación y reconciliación nacional.

Lo mismo podemos decir de los presos de la penitenciaría. Él por una parte apoya con todo entusiasmo el indulto pedido, pero por otra, entabla un proceso espiritual con ellos para que se rehabilitaran de manera que salieran de la cárcel dispuestos a vivir una nueva vida. También en este caso las fuerzas vivas de Córdoba no creyeron en la rehabilitación de esos hombres porque no estaban dispuestos a aceptar la parte de responsabilidad que ellos tenían en su conducta, por el carácter tan vertical de la sociedad que ellos dirigían.

Con estos ejemplos queda claro que no confundía la realidad con el orden establecido y que tuvo la capacidad de dejarse medir por la realidad y hacer todo lo humanamente posible para que diera de sí y se transformara humanizadamente, precisamente por su trascendencia personal, porque era animado por el Espíritu de Dios y de Jesús, que es la fuente de la realidad.

Por eso las alusiones religiosas son tan significativas. Él cumple el segundo mandamiento: no mienta el nombre de Dios en vano. Por eso cuando lo mienta tiene una hondura, una significatividad y un peso decisivos. Es la teoría de su praxis: la expresión adecuada de lo que lo motiva, de la razón de ser de su vida, tan concienzuda, tan habitada por tantos, tan fecunda, tan colmada. Eso es un santo en el mejor sentido de la palabra. No un separado de este mundo para servir a un dios totalmente otro, sino el que lo revela porque, siguiendo a Jesús de Nazaret, pasó haciendo el bien.

Para que no faltara nada, como él y con él, se consumó en la pasión, que vivió como su acción más consumada: ponerse totalmente en manos del Padre y entregando la vida por sus parroquianos y por todos, aceptando por fin también su don, como la mayor prueba de amor de quien siempre se había considerado para ellos.

En suma, hemos asentado que el cura Brochero fue animal de realidades, y ahora tenemos que explicitar que Dios se manifiesta en la realidad y sólo poniéndose realmente en ella, podemos rastrear su paso y acompañarnos a él, que es el objetivo de la vida. La perspectiva de Dios es la omniabarcante porque ve todo desde dentro, desde su relación constante de amor que lo pone en la

realidad. Lo ve todo como es desde su relación de amor creador. Pues bien, en la medida en que nos dejemos llevar por el Espíritu de Dios y nos relacionemos con la situación y las personas involucradas en ella desde el amor que las mira bien y busca su bien, sea cual sea el modo como esas realidades nos afecten, en esa misma medida nos capacitaremos para ver a la realidad en su verdad, en su exacta estatura, tanto en lo que tiene de deformada y opresora, como, más todavía, en los dinamismos que tiene esa realidad tendentes a su humanización.

Ahora bien, amar desde la perspectiva divina no se expresa primariamente en sentimientos sino que dice querer bien, decir bien, hacer bien y orar a Dios por las personas y por cada agrupamiento de ellas, independientemente de sus actuaciones y de las reacciones anímicas que provocan en mí. Ahora bien, el amor no es ciego; por el contrario, el amor es capaz de ver la realidad como es en sí, más allá de cómo me va en ella. Como la ve en función del bien de todas las personas, es capaz de ver la implicación concreta de cada persona en la situación, porque sólo viéndola como es en realidad, sin enaltecerla ni denigrarla, se puede querer y buscar su bien.

Eso fue lo que realizó el cura Brochero eximiamente. Y lo supo expresar con viveza y propiedad, en el lenguaje de la vida. Por la conjunción esa vida en la verdad, que le dio libertad y propició vida para muchas personas, y la capacidad de dar cuenta de lo que hacía y vivía podemos considerar al cura Brochero con toda justicia maestro espiritual. Un maestro espiritual nada convencional, gracias a Dios.

CARTAS IMPRESCINDIBLES

(Va el número de la carta y, entre paréntesis, las páginas de la edición de la Conferencia Episcopal Argentina)

1,2 (101-104)

13 (110-112)

21,23 (117-121)

43,44 (137-138)

88-90 (192-194)

95 (198-201)

104, 105, 107 (210-213)

111 (216)

124 (234-239)

134 (253-254)

144 (264-268)

151,152-153 (275-287)

196 (348-350)

198-200 (353-357)

233 (416-417)

376 (639-643)

381 (658-659)

381 (712-713)

469 (803-804)